Gardel: Artista, mito y Hombre

Eduardo Payssé González

La República

EDICION

La República

3

GARDEL: ARTISTA, MITO Y HOMBRE

EDUARDO PAYSSE GONZALEZ

Prefacio

A sesenta años de su muerte, Carlos Gardel permanece vigente entre sus incondicionales admiradores y en lo mejor de la historia del arte musical. Pudiera agregarse el calificativo de "popular", pero no sería totalmente cierto, porque Gardel se eleva sobre lo simple para integrar el privilegiado mundo del arte clásico, en cuanto ha trascendido el gusto musical de un momento histórico y de un espacio físico en el cual vivió y actuó.

Es pues con todo derecho, un artista clásico que ha perdurado más allá de conyunturas y temporalidades y ha creado adhesiones y admiradores en extendidas geografías. Su figura humana y su voz, indisolubles, integran uno de los más perdurables mitos de las sociedades rioplatenses. Pero no por serlo, deben quedar vedados los esfuerzos para acercarnos a su verdadera biografía a través de la crítica artística y de su valoración humana.

Es éste otro esfuerzo del autor en tal camino, como continuación de una tarea de investigación aún no terminada y que en forma ampliada fuera trasladada a las dos ediciones de su libro: "Carlos Gardel. Páginas abiertas" (Ediciones Prometeo -noviembre de 1990- y Distribuidora Oriental de Ediciones -enero de 1993), de cuyos textos hacemos aquí varias transcripciones.

El lector encontrará en estas nuevas y más breves escrituras, la ocasión de recrear al artista y al hombre que fue Carlos Gardel en el entorno de un nuevo aniversario de la catástrofe de Medellín.

1. EL MITO Y EL HOMBRE REAL

Carlos Gardel evadió la vejez, con la muerte que le arrancó de la vida en su plena madurez. Su nacimento, su infancia y su adolescencia son etapas brumosas de su vida, cuya reconstrucción ha originado arduas investigaciones —aún no finalizadas— y no pocas y enconadas polémicas. Y aún su juventud y su madurez resultan no pocas veces difusas, en la precisa determinación de los sucesos humanos y artísticos que plasmaron su personalidad.

Para explicar tantas dudas y contradicciones que pudieran no parecer lógicas en un hombre que ha llegado a la cumbre de la fama artística, debe tenerse en cuenta muy precisamente que Gardel no llegó al pleno éxito a edad temprana, ni en su adolescencia, ni en su temprana juventud. Al recorrer su trayectoria el éxito despunta al comienzo de los años veinte, como época más precisa. Es decir, cuando habría sobrepasado sus 30 años para quienes lo hacen nacido en 1890, o rondando los 40 años para quienes retrotraen más de un quinquenio su fecha natal.

La atención o el interés por completar su biografía no fue pues una eminente preocupación de sus contemporáneos durante sus primeras actividades e incluso las artísticas. Casi pudiera decirse que las investigaciones sobre ellas comenzaron después de su muerte, cuando los hechos se habían desdibujado con el devenir de una vida nada sencilla, los testigos presentes mezclaban fantasías vanidosas con realidades posibles y muchos documentos se habían sustraído, destruido o alterado, al socaire de los más ingenuos intereses de coleccionistas o de las venales intenciones de quienes lucraron con su obra y con su vida.

Todo contó, además, con el propio desinterés de Gardel para aclarar hechos fundamentales de su existencia. Se puede decir que fundó durante ella, los orígenes del mito que le sobrevivió a su muerte física. Gardel mismo cultivó los equívocos y contradicciones que atormentan a sus biógrafos. " Su existencia se fue poblando de entradas prohibidas, misterios y lugares vedados. Hay intimidades que Gardel sólo comparte consigo mismo" (Blas Matamoro). " Su nacimiento real está rodeado de un verdadero misterio, pero al igual que muchos, rendía culto al misterio". (Julio De Caro). "Carlos Gardel con su conciencia clara de lo que hacía

y lo que significaba, favoreció ese estado de atemporalidad con su tradicional reserva".

Cada vida implica "una suma, una adición, un proceso acumulativo de experiencias, de datos cronológicamente ordenados, de años vividos y pasados en un itinerario irreversible hacia la vejez y el final tan temido. Gardel evitó todo eso, voluntaria o intuitivamente". (Graciela Scheines):

Así fue posible que de las llamas de Medellín surgiera el mito. Y nada más difícil que develar el mito para rebajarlo a la simple calidad del hombre extinguido en aquella hoguera mortal de la cual nació una imagen única, repentina y para siempre.

Así se explicó:

"Para mí, lo inventamos.
Seguramente fue una tarde de domingo,
con mate, con recuerdos, con tristeza
con bailables bajitos, en la radio,
después de los partidos.
Entonces, qué sé yo,
nos pasó algo rarísimo.
Nos vino como un ángel desde adentro,
nos pusimos proféticos,
nos despertamos bíblicos.
Miramos hacia las telarañas del techo,
Nos dijimos:
'Hagamos pues un Dios a semejanza
de lo que quisimos ser y no pudimos.
Démosle lo mejor,
lo más sueño y lo más pájaro
de nosotros mismos.
Inventémosle un nombre, una sonrisa,
una voz que perdure por los siglos,
un plantarse en el mundo, lindo fácil
como pasándoles ases al destino'.
Y claro, lo deseamos y vino:
Y nos salió morocho, glorioso, engominado,
eterno como un Dios o como un disco.
Se entreabrieron los cielos de costado
y su voz nos cantaba:
mi Buenos Aires querido:

Eran como las seis,
esa hora que empiezan los bailables
y ya acabaron todos los partidos".

(Humberto Constantini)

Desde entonces, Gardel es mito. Es un arquetipo social; integra, mal o bien, el mundo de ideales y modelos, "de lo que quisimos ser y no pudimos", elevándose de las miserias de la vida hacia el triunfo resplandeciente. Pero integra también el mundo del ciudadano común de nuestros días; canta las cosas del pueblo y de la vida íntima de cada uno y lo hace estupendamente bien. "El héroe mítico de nuestros días es un ciudadano de dos mundos". Es "una presencia real en el mundo que habitamos" y es un "arquetipo y como tal participa del mundo de las ideas platónicas y brilla desde una dimensión atemporal". (Umberto Eco)

Por eso es tan difícil investigar al hombre simple que se halla detrás del mito y que a éste mismo dio vida. Separar esa dicotomía aparente de dos mundos enlazados en la imagen mítica; imponerse la tarea apasionante de perseguir al hombre y ensayar un recorrido biográfico de su vida, no es sin embargo, una tarea imposible. Pero sí deberán en el camino enfrentarse los rechazos: "La obra de un artista es el producto de su talento, de su estudio, de su intuición. Y es ese producto, lo que nos entrega o lo que nos deja, lo único que debe interesar al público. (...) Gardel, para los gardelianos, para los auténticos porteños, debe ser intocable". (Ruben Pesce)

Nos ha parecido siempre este siguiente pasaje de Tabaré Di Paula, de lo mejor que se ha escrito para justificar el estudio y la comprensión del hombre:

"Habría de encontrar (Gardel), *una salida para las brumas que lo acosaban, que lo siguieron acosando hasta las llamas de la tragedia aérea de Medellín. La llave era el canto. No lo pudieron entender sus primeros espectadores. Tampoco parecen entenderlo hoy sus más fanáticos admiradores. Gardel no había aprendido a trabajar solamente los bríos payadoriles y operísticos que hacían estragos en su época, en beneficio de una nueva dicción para la canción popular, para el tango. El tan glorificado milagro de su voz no fue un milagro técnico. (...) Ocurre que el milagro no era técnico, sino esencialmente humano. Lo que Gardel empezó a perfeccionar a través de su arte fue una reacción contra los más sórdidos labe-*

rintos de su vida, arrancando de esas penurias y miserias el dolor necesario que Martí pedía a los poetas para ensangrentar el canto. Por eso está condenada a la superficialidad toda valoración y toda devoción que escinda al artista del hombre. (...) Por eso también, una vasta literatura oral y escrita a lo largo de tres décadas no ha sabido herir sino la sombra o el fantasma de Gardel, soslayando la entraña esencial, al soslayar su legítima biografía. Las oscuridades de su vida no sólo se prestaron a pudorosos escamoteos, sino que también alimentaron vanos malentendidos. Hay quienes creen que no ahorrarle sombras al retrato es averiar el mito y lo prefieren en una equívoca inmortalidad de almanaque, como la imagen misma de la virtud y de las buenas costumbres. Tarea inútil. (...) Lo mejor que Gardel tuvo fue un instinto artístico superior, capaz de modelar sobre la arcilla de sus pesadillas y tensiones interiores, de sus debilidades y naufragios humanos, la verdadera piel del tango, de su agónico y condenado mundo. Pero su contribución, en la medida que dió vida definitiva a los fantasmas de ese universo familiar, sobrepasó el género y pertenece desde hace varios lustros a la cultura rioplatense. No hay golpe de escándalo, entonces, en las revelaciones de una biografía que abraza y explica su arte".

En definitiva, Gardel merece mejor destino que el sólo y único valor de ser un mito. Y reiteramos ahora lo que dijéramos en nuestro libro citado: "Se ha escrito mucho sobre el Gardel hombre. Pero es aquí donde se producen grietas, espacios vacíos, equívocos y silencios, al amparo de tolerados misterios. (...) La reconstrucción de esa personalidad, elevada a la fama por la devoción popular, no puede escindir su quehacer artístico de su tránsito humano. (...) En la búsqueda de ese hombre, no integrado plenamente a su imagen mítica y por ella despojado precisamente de sus raíces auténticas, desarrollamos nuestro trabajo. (...) Hemos roto de plano con los intereses creados y con los recatos fuera de tiempo. Hemos llegado hasta los orígenes, a las fuentes primeras del hombre que fue Gardel. En ella hemos encontrado miserias, barro, debilidades humanas. No podía ser de otra manera.(...) Lo que realmente nos ha importado es fijar la imagen real de este hombre que hemos tratado de revivir a su doble muerte, física y mítica, imagen desdoblada, fundamento humano del estupendo artista que fue Carlos Gardel.

2. EL ARTISTA

Los ditirambos dirigidos a exaltar las excelencias artísticas de Carlos Gardel, parecen agotados. Los apodos se ha multiplicado hasta las invenciones más originales. Ha sido sucesivamente, cuando apuntaba su cantar, "El Meleñas" o "El Morocho del Abasto"; luego "El Zorzal"; "El Mago", "El Mudo"; al fin, "El Maestro", "El Invicto", "El Unico", "El Invencible", "El Inoxidable"... en fin, todo adjetivo todavía es posible. Pero, además, ya es también un sustantivo: hoy "ser Gardel" representa la excelencia en todo género de la actividad humana. Los monumentos levantados en su memoria se han multiplicado y se han erigido en más de una docena de ciudades en el mundo. Su imagen, en recordatorios, almanaques, estampas, medallas, fotos o posters se encuentran a la vista, en los lugares más populares y en los más sofisticados. La devoción a su memoria deviene en peregrinaciones a su tumba en el cementerio de La Chacarita, en Buenos Aires, donde su monumento se cubre de flores perennes.

Todo ello lo ha convertido en el mito y éste retroalimenta las veneraciones. Pero, es obvio, nada de ello podría haber ocurrido si Gardel no hubiera alcanzado, por sus propias dotes de gran artista, la admiración, no sólo del simple escucha medio de su canto, sino también la de los más sabios críticos del arte musical. Sus discos nos cuentan que cada día canta mejor. Y así le ha parecido a dos generaciones enteras y a la tercera hoy vigente, que se han sucedido durante los últimos sesenta años.

Son indiscutibles sus extraordinarias virtudes de cantor. Su espontaneidad, su frescura, su afinación perfecta, el seguimiento y obediencia a la melodía, su decir claro, su serenidad, su simpatía, su don de comunicación inmediata con el público, son todas virtudes que adornaron su labor artística. Más que nuestras palabras, sean —para elegir una cita entre tantas— las del eminente musicólogo uruguayo Lauro Ayestarán, las que nos digan:

"Musicalmente su canto era de una inflexión intransferible debido a su cálido y diferenciado timbre vocal, eso que lo hace detenerse a uno ante su voz y reconocer de inmediato su metal: '¡Gardel!' dice de inmediato el dueño de la memoria acústica más frágil. Su afinación era perfecta y aunque en el tiempo usaba frecuentemente el 'rubato', como corresponde a una fuerte expresividad popular era riguroso en el ritmo y lo sabía subrayar

con una musicalidad certera. Ostentaba una impostación natural impecable, todas sus notas eran llenas y parejas y su voz, de pequeño volumen —lo oí varias veces directamente— corría como un fuego por todo el teatro o el ámbito de una sala. Cantaba convencido de lo que decía, tanto en la letra como en la música. No se 'enojaba' con el texto literario, como ocurre frecuentemente en intérpretes que confunden violencia con convicción. Cantaba con un brío sereno y convincente. (...) Como en los grandes cantantes, música y palabra eran en su canto una unidad indestructible. (...) Pero todas estas condiciones pueden darse en otro cantante y sin embargo con ello no se repite a Gardel. Acaso había otra virtud más secreta; siendo igual a sí mismo, en cada una de sus interpretaciones, Gardel creaba distintas condiciones sonoras y servía al texto literario adecuándose a su más entrañable sentido. De ahí su rica y variada paleta. Y ya está dicha la palabra: 'creaba'. En su campo, en su cuadro de disponibilidades era un creador y acaso no imponga tanto la admiración y la emoción como el acto verdaderamente imponente de la invención creadora".

No es el elogio de un admirador incondicional. Es el brillante juicio de un eminente crítico. Y aún debemos considerar que en tiempos de su canto y de sus grabaciones, no existían todos los adelantos técnicos a los cuales recurren los cantores de hoy. Tampoco tenía necesidad Gardel de trucos efectistas de especie alguna. No gritaba, no se desmelenaba, no saltaba ni bailaba en los escenarios. Sólo cantaba con "una impostación natural impecable" y su voz "corría como un fuego por todo el teatro o el ámbito de una sala" ¡Y tantas veces, sin ningún micrófono de ayuda!

No es posible seguirlo, en esta obra, en toda su cronología artística, en Buenos Aires, en Montevideo, en otras ciudades rioplatenses, en Europa, en Estados Unidos, en todos los países latinoamericanos que visitó, trayectoria tantas veces publicada en detalles, en otras obras.

Nos interesa destacar sin embargo, algunos episodios de su vida artística. El fundamental: su reunión con José Razzano, que fuera su fiel compañero de andanzas y su mejor amigo durante tantos años. Sus relaciones datan, de acuerdo a las referencias más fidedignas, de 1911 cuando ambos iniciaban por lugares de Buenos Aires, sus aventuras artísticas. Y es importante esta conjunción, no sólo por su significación para el perfeccionamiento de su canto, sino porque representó para Gardel una enmienda en su comportamiento humano y la normalidad de su vida de re-

lación social. Cultivaron juntos el canto campero, predilección que Gardel jamás abandonó. Porque es bueno decir que si es considerado como el eximio cantor de tangos que fue después y fundador de una verdadera escuela "gardeliana" del tango, siguió siendo un cultor de la canción criolla, donde su cantar llegó también a alturas insuperables. Basta escuchar sus grabaciones —y valgan como ejemplo sobresaliente y notorio sus interpretaciones de las poesías de Alonso y Trelles— para confirmarlo.

Las primeras grabaciones de Gardel en solitario fueron en 1912 para el sello Columbia, registradas en Buenos Aires. Las primeras grabaciones en dúo con José Razzano fueron registradas en 1917 para el sello Odeón. Y es en esas circunstancias que graba, como hecho histórico, su primer tango, "Mi noche triste", de Pascual Contursi, piedra fundacional de su trayectoria tanguera. Pudiera decirse que hasta el momento, el tango no había nacido como canción, aunque ya su desarrollo había alcanzado primitivas excelencias, desde sus inicios a fines del siglo pasado y principios de éste, gracias a personalidades artísticas que se elevaron sobre los cantos payadoriles de la época, de gran preferencia popular. Entre estos payadores de gran ascendencia, pudieran mencionarse a Arturo y Juan Nava —hijo y padre— a Gabino Ezeiza, a Higinio Cazon, a José Bettinotti, de los cuales aprende y con los cuales hace amistad el Gardel adolescente.

Durante los años primeros del siglo, el tango fue adquiriendo sus perfiles más netos. De tonada y danza, se fue convirtiendo en composición orgánica, pautada y de la copla o la tonadilla burlesca, se fue pasando al canto. Pero fue Gardel quien le otorgó al tango melódico, su rango jerárquico. A partir de él la creación de historias cantadas y contadas a ritmo de tango, habrían de consagrar esta música popular.

En la década de los veinte, Gardel obtiene su éxito y fama y es al final de ella —precisamente cuando comienza la era de las grabaciones eléctricas dejando atrás el sistema acústico— cuando logra su perfección artística. Coincide también con su primer viaje a París, luego a Nueva York y después a toda América Latina en la última gira fatal.

Durante los años de sus películas y precisamente a raíz de ellas, afianza su relación con Alfredo Le Pera y su canto se hace

universal, abandonando, —aunque no siempre— su típica temática rioplatense. Ya es, pues, un cantor del mundo y muere como tal, exaltado en su éxito artístico por muchedumbres que en aquella su última gira, se agolpan en Puerto Rico, Venezuela y Colombia, en teatros o calles, para oír su canto.

Muere en la plenitud de su arte. Bastaría para comprobarlo, escuchar sus últimas grabaciones realizadas en Estados Unidos. Interesa al caso, el juicio de otro profundo conocedor de los secretos musicales, Eduardo Bonessi, que fuera por un lapso su maestro de canto:

"Era su voz de una calidad extraordinaria y de un timbre maravilloso para el tango. Tenía un registro de barítono brillante y jamás desafinaba. (...) Era un hombre conocedor de su valer, que no derrochaba su voz, como muchos suponen. (...)Era estudioso y responsable. Sabíase único en el género y cuidaba su voz. (...) De acuerdo a la voz que tenía y a su modo de emplearla, si Gardel hubiese llegado a vivir cien años, hubiera seguido cantando igual".

No vivió Gardel cien años. Pero la mitad de ellos, le bastaron para conquistar una riqueza artística que iguala a los nombres más famosos del canto lírico clásico y popular de la historia musical. Ello, aún a despecho de tantas obras musicales imperfectas y de insoportables letras que tuvo que padecer por exigencias de sus productores o por generosidad hacia amigos a quienes les prodigaba el favor de reproducirles sus obras.

Quedaría algo por decir con respecto a su otra vocación artística: la de actor. Desde su juventud —casi desde su niñez— Carlos Gardel se sintió atraído por el teatro. En determinado reportaje confesó: "Yo nací en el teatro", haciendo alusión a sus correrías entre bambalinas, en los teatros de Buenos Aires y de Montevideo. Allí intimó con grandes talentos de la época. Valga como ejemplo su gran amistad perdurable con la familia Podestá que tantos y buenos actores diera a la escena rioplatense. Diríamos que esa vocación de actor pugnó siempre por salir a flote, postergada mucho tiempo por su irresistible, temprana y magnífica vocación por el canto.

Cuando pudo disponer de recursos económicos y sin la premura y las exigencias de los sellos grabadores, encauzó esa vocación en el cinematógrafo, cuando éste salía de su época de películas mudas. Creó para sus filmes toda una inventiva basada en obras

musicales perdurables, en unión con Alfredo Le Pera. No fue un gran actor, víctima quizá de los amaneramientos escénicos de la época y de su inexperiencia. Pero más afiatado y mejor dirigido en sus últimas películas había mejorado notoriamente su actuación escénica. Cuando muere, proyectaba producir películas y obras teatrales en Buenos Aires, luego de cumplir con sus contratos en Estados Unidos. No pudo culminar la trayectoria lógica de su vocación teatral.

Así fue nuestro artista. Para completar su visión, queda por recorrer sus inicios juveniles, tan difíciles de visualizar, pues en esa biografía primera, se mezclan, deliberadamente o no, verdades a medias, mentiras y leyendas. Rasgueos de guitarra y cantos primeros, que se elevan a la cumbre gracias a la inquebrantable vocación de Gardel, que lo redime como hombre y lo consagra como artista.

3. ENTRE DOS SIGLOS

A finales del siglo pasado y principios del presente, los dos países rioplatenses se habían convertido en tierras de promisión para los inmigrantes europeos que acudían a ellas en busca de trabajo y del bienestar que les era negado en sus patrias de origen. Italianos, españoles, franceses y polacos, formaron la avanzada de ese ingreso multitudinario en ambas orillas del Río de la Plata. En 1897, los extranjeros eran mayoría en Buenos Aires; en 1904 recién aparece un conteo superior de nativos frente a los extranjeros; pero ya miles de ellos eran hijos de inmigrantes. A la multitud de éstos, se agregaban los venidos del interior del país, de las provincias pampeanas, echados de sus tierras por la extensión de los latifundios, los abusos de los terratenientes y la pobreza de sus vidas. Ocupaban los suburbios de las capitales del Plata, con sus nostalgias campesinas a cuestas y sus cantos camperos.

Los inmigrantes no sólo importaban sus brazos para el trabajo y sus familias, y sus pocos bienes a cuestas, sino también sus culturas, sus costumbres, sus lenguas nativas y sus cantos y sus bailes. Finalmente la población negra —salida hacía poco de la formal esclavitud y todavía sometida a las tareas serviles— aportaba a esa realidad cultural primitiva, sus ritmos percutidos en viejos tambores y lonjas que memoriaban a sus ancestros africanos.

De toda esta aparente o real confusión, de lenguas, costumbres, culturas y acervos musicales, fue configurándose la milonga —la campesina y la urbana— el candombe y finalmente, el tango, mezcla de habanera cubana, tango andaluz y candombe negro. Primero fue sólo danza y música, para luego independizarse de aquélla y hacerse música vivaz y de percutido ritmo. A partir de la última decena del siglo XIX, aparece en los bailes galponeros, de piso de tierra regada y más tarde en los cafés de los suburbios y en los piringundines de mala fama. Y a poco andar surgieron sus cultores y sus creadores fundamentales. Entre ellos, un nombre: Miguel Angel Villoldo, a quien todavía se le adeuda el homenaje y el reconocimiento.

Pero, sin duda, durante todos esos años fundacionales, la existencia y el canto de los payadores y las letras y músicas camperas predominaban en el gusto popular. Ya mencionamos aquellos protagonistas ejemplares. A ellos trató el adolescente Gardel de la

época. Valga un ejemplo, en palabras de José Gobello: "El gran cantor de aquellos años era Arturo Nava. Nava debió haber sido para Gardel entonces, lo que Gardel es ahora para cualquier muchacho que sueña ser cantor de tangos: el modelo, el ídolo, el non plus ultra. Nava era uruguayo, como su padre, Juan Nava, payador mentao. Este Juan Nava es el que sostuvo la famosa payada con Gabino Ezeiza, en la cancha de pelota de la calle San José, de Montevideo, allá por 1888. (...) Arturo Nava era el cantor campero por antonomasia cuando lo que se cultivaba era el canto campero".

También el joven Gardel cultivaba la amistad de José Bettinotti. Dice Pedro Orgambide: Bettinotti "lo favoreció con su amistad y sus consejos. Como acto ritual, consagratorio, un día le prestó su guitarra. (...) Pero sobre todo, lo que Gardel aprende de Bettinotti, es la intención, el dramatismo que aparecerá luego en las letras de tango". En 1903, una "tenida" de asado y canto realizada en Campo de Mayo, ha quedado atestiguada en una foto histórica, en la cual aparecen Bettinotti con su guitarra y Gardel como partícipe. Un Gardel adolescente, que entonces podía representar sus 18 años.

El autor transcribe aquí unas páginas de su obra ya referida ("Carlos Gardel. Páginas abiertas"), pues tales pasajes sirven fielmente para relatar los primeros pasos artísticos del joven Gardel:

"En esos años iniciales del siglo, los de sus trabajos y su amistad con la familia Baldasarre, los de sus relaciones con Nava y Bettinotti y con otros cantores de la época, los de sus primeras bohemias y tertulias nocturnas, seguramente también los de sus primeros cantos en público, el joven Gardel frecuentaba los teatros de Buenos Aires. Obtenía sus entradas desempeñando el complaciente oficio de *"claqueur"*. También hacía pequeñas tareas como utilero o tramoyista. En entrevistas periodísticas posteriores, Gardel se refirió con detalles y vívidas descripciones a esas andanzas por los teatros bonaerenses; especialmente en los teatros *Victoria* y en el *Opera*, el *Apolo*, el *Coliseo* o el *Politeama*.

Julio Traversa, conocido empresario y hombre de teatro, en una entrevista publicada por Silvestre Otazú, periodista del diario *"Clarín"* de Buenos Aires que publicó durante 1949 una larga serie de notas sobre la antigua vida del barrio del Abasto, dijo que aquel joven Gardel iba al camerino de los hermanos actores José

y Pablo Podestá —pioneros del teatro rioplatense— cuando ellos estaban instalados en el teatro *Apolo*.

En una entrevista publicada por el diario *"Noticias Gráficas"* el 21/setiembre/933, dice el propio artista: *"Conservo aún mis buenas amistades de aquella época"* (sin fechas): *"Ahí andan el campeón de la "claque", el gran "Patasanta", quien salió de comparsa tantas veces conmigo (...) Y Fernán, el utilero... Y tantos otros más de aquellos tiempos del sabroso sandwich de mortadela y el 'cinco y cinco' de vino y limonada, cena magnífica en el almacén de la esquina, rociada con romanzas que me fajaba a pedido de la selecta concurrencia"*.

Canta pues, en la época, para los tertulianos de los cafés. En la entrevista del diario *"Imparcial"* ya citada, de julio de 1930, dijo el artista: *"Antes de ser yo un cantante profesional cual soy ahora, fui un aficionado errante, que andaba de aquí para allá, cantando romanzas y partes de zarzuela (...) Desde niño entraba a los teatros, oía cantar y luego salía imitando a los artistas. Puede decirse, ché, que yo nací en el teatro"*. Esta tan espontánea afirmación concuerda perfectamente con otros datos que se referían a los mandados de ropa que Berta Gardes encargaba a Carlitos, para ser entregada en los camarines de los teatros. Y agrega en la entrevista: *"Así como un bohemio precoz, cantaba de afición (...) Donde hubiera una fiesta de amigos o donde hubiera un festival íntimo, allí estaba yo para deleitar a la concurrencia"*.

En el teatro *Operá* de Buenos Aires conoce al célebre cantante italiano Titta Ruffo, que cantó en Buenos Aires por primera vez en 1902. Este conoció a Gardel —seguramente en los camarines de aquel teatro que el joven merodeaba—, simpatizó con él y le enseñó a impostar la voz. Esta relación la han confirmado varios testigos y autores. Incluso Esteban Capot —hijo de Odalie Ducasse, amiga francesa de Berta— declaró alguna vez que Ruffo le dio clases informales de canto al joven Gardel, y que éste una vez le prestó su guitarra para ser usada en una actuación pública. Muchos años después, el propio Gardel evocó esa relación y aprendizaje en entrevistas periodísticas (v.g.: *"El Diario"* de Montevideo, 29/setiembre/933)".

Durante esos primeros años de principio de siglo el joven cantor frecuenta cafés y lugares nocturnos..

"Se le oye cantar en el café *El Criollito*, situado en Santa Fe y Pueyrredón, y en la fonda *El Pajarito*. Pero entre tales sitios, esce-

narios de la vida de *"bohemio precoz"* de Gardel, se destaca el café *O'Rondemarth* en el barrio del Abasto, situado frente al Mercado. Dicho lugar de cafés, copas, reuniones cantables y citas políticas de caudillos menores, era propiedad de la familia Traverso, integrada por el padre —Agustín Traverso— y sus hijos Constancio, Félix, Alberto ("Yiyo") y José ("Cielito"). El primero de estos hijos se dedicó a la política, militando en las filas del Partido Conservador y tuvo amistad con el caudillo Alberto Barceló. Otro líder conservador que gozó de las simpatías y apoyo de los Traverso fue Benito Villanueva, legislador y dirigente del Jockey Club. Los Traverso eran, además, dueños de casas de juego, de *monte* y *gofo*, por esa misma zona del Abasto y otras similares. También en las casas destinadas a los comités políticos conservadores de la época se jugaba, y a ellas concurrían cantores y payadores que atraían a los vecinos... y a los votos. Esos ambientes eran los frecuentados por nuestro joven Gardel desde llegada la noche y hasta muy entradas las madrugadas bonaerenses" (...)

"Una testigo cuyos dichos se han acreditado como auténticos, es una joven adolescente —por entonces— llamada Carola Angelini, que vivía a principios de siglo en la calle Corrientes 1551, vecina a la casa —1557— donde vivía Carlitos. A éste le atraía esa jovencita, pero su padre lo rechazaba por ser de *mayor edad* para su hija aún niña. Ella misma confirmó años más tarde —ya señora de Rosado— su conocimento con Carlitos. Dijo lo había conocido en 1903, cuando ella tenía 13 años y que él tendría entonces unos veinte años de edad. El Dr. Pedro Baldasarre tenía conocimiento de esa relación y tuvo siempre contacto con esa joven que, ya mujer, fue la madrina de bautismo de uno de sus hijos.

En el mes de setiembre de ese mismo año —1903— tiene lugar una fiesta en casa de una joven llamada Emma Estévez, que conoce al ya cantor, cuando llega a animar la reunión. Años después, ya señora de Tejerina, narró ese episodio a Francisco García Jiménez, quien le dio esta forma literaria: *"El sol clareaba ya y la rueda seguía firme y nutrida, aplaudiendo las endechas de un mocito llamado 'El Melenas' (...) trigueño el mozo, con ojos negros soñadores y una voz maravillosa. Era verano, saludó sacándose el rancho de paja, de cinta hasta el borde, a la moda, y lució una cabellera de crenchas partidas al medio. (...) Había llegado a la reunión al filo de la madrugada, con unos amigos de mi padre, reseros y matarifes"*. Hasta aquí el relato.

Y agrega el propio García Jiménez que Gardel ya figuraba con ese apodo, *"El Melenas"*, en expedientes policiales, a raíz de líos con *"gente de comités, timba y farras"*. En esas fiestas, y en esos mismos días, precisa García Jiménez, se le comenzó a llamar, *"El Morocho del Abasto"*. (...)

"Los testimonios de muchas personas, los datos concordantes, los dichos del propio Gardel, los documentos —aun los encubiertos—, los lugares y las fechas reales o posibles, se han ido acumulando para otorgar mayor claridad y veracidad a las andanzas de nuestro joven cantor por los primeros años del siglo. Entramos ahora en 1904.

En abril de este último año participó y cantó en la confitería *La Fazenda*, en el Abasto, en una fiesta ofrecida por Benito Villanueva para festejar el triunfo de un caballo suyo en el hipódromo.

García Jiménez narra otro hecho del mismo año 1904, en el almacén de Gino Garibaldi en la Boca, donde se festejaba el triunfo electoral del diputado socialista Alfredo Palacios. Allí actuaba el pianista y compositor Alfredo Bevilacqua, nacido en 1874, autor de varios tangos de éxito. Según el escritor, para amenizar tal festejo llegó a cantar al lugar José Bettinoti, con Ambrosio Ríos, otro payador de la época, y agrega: *"y allí cantaba 'El Morocho'"*. Más allá de la anécdota interesan otras conclusiones. En primer lugar esa cercanía de Bettinotti y Gardel, que confirma referencias testimoniales y documentales precedentes. Además, que los cantores de aquella época concurrían a cantar a los comités políticos para acercar concurrencia a ellos, contratados, y cualquiera fuera la orientación ideológica o política que representaran. Aunque Gardel se encontraba más cerca de los caudillos conservadores —sobre todo a través de su amistad con los Traverso— se ha dicho que tenía buenas relaciones y simpatías con el carismático líder socialista Alfredo Palacios.

Dice Carlos Zubillaga: *"En 1904 frecuenta el comité electoral que un tal Rabboni regentea en la esquina de Cevallos y Cochabamba adscripto a la Asociación Popular que Gregorio de Laferrère ha creado, intentando obtener beneficios políticos de los cabildeos conservadores que genera la candidatura presidencial de Manuel Quintana. Entre payadores y compadritos alterna Gardel acompañando a su mentor, Constancio Traverso, uno de los dueños del café O'Rondemann"*.

El nombrado Gregorio de Laferrére fue un buen dramaturgo argentino, de amplias relaciones en los círculos sociales y políticos. No es difícil hallar la ratificación de los datos de la cita precedente: *"Fue miembro de la legislatura provincial de Buenos Aires desde 1893 y por sucesivas reelecciones fue diputado al Congreso Nacional desde 1898 hasta 1908. Era diputado cuando se inició en la carrera dramática. Era hábil en la cuestión proselitista. Se negó a unirse a las filas del radicalismo a las que había sido invitado. (...) Su acción proselitista lo llevó a organizar, en 1897, el Partido Nacional Independiente y en 1903, es el alma de la Asociación Popular. Instaló el comité frente al Círculo de Armas. Divide su vida entre el comité y el club".*

Esta nueva cita confirma el lapso de actividad más intensa de aquel comité político, entre 1903 y 1904, cuando su líder es reelecto diputado, cargo que ejerció hasta 1908.

Coincidente con esta cita, Carlos Dedico, conocido periodista y escritor, cronista hípico del diario *"Crítica"*, dijo haber conocido a Gardel cantando en un comité de la calle Cevallos, al cual llegó en compañía de Constancio Traverso. La crónica fue escrita en aquel diario, en 1935, y la reprodujo la revista *"Cantando"* en julio de 1961. Y la recoge y elabora el propio García Jiménez, en su libro ya citado.

Carlos Dedico, en su relato, fija exactamente el año 1904 como el año de ocurrencia de ese hecho que relaciona su conocimento con Gardel".

Hemos extendido estos pasajes arrancados a nuestro libro "Carlos Gardel. Páginas abiertas" (págs. 65 a 67) porque nos parecen fundamentales para entender la vida y el canto de Gardel; pero, además, servirán para discutir el propio origen natal del cantor. Porque si este recorrido por la noche bonaerense nos ha servido para ubicar al Carlitos adolescente y a sus principios como cantor, tampoco debemos desechar otros testimonios valiosos, que nos cuentan cosas como éstas de años precedentes:

"Al joven Gardel se le conoce a fines del siglo pasado y a principios del actual, por los pagos del departamento uruguayo de Tacuarembó y también por Paysandú. Tomasa Leguisamo, la madre adoptiva del famoso jinete Irineo Leguisamo —amigo íntimo del artista— ayudó mucho a acertar —y también a errar— a Erasmo Silva Cabrera. Pero este investigador narra ocasiones en las que sus dichos tienen un fresco y claro aval de veracidad y clari-

dad: *"¿Gardel francés? ¡Qué va a ser francés! Gardel es de Tacuarembó. Lo llamaban 'El zorzalito', por Tambores, siendo mozo"*. Y preguntada por los posibles años de aquellas andanzas, rememora: *"¡Yo que sé. Sería por 1900, 1901 o 1902. ¡Han pasado tantos años!"* (Era ya el año 1960).

Otro testimonio valioso sobre aquellos tiempos, lo constituye el de Luis Villarubí, maestro de canto nativista y fundador de la sociedad criolla *Elías Regules* de Tacuarembó, quién afirmó haber conocido al joven Gardel trabajando un breve período como ayudante de cocina en la fonda del Hotel Español de aquella ciudad, propiedad de Benigno Gaye, donde Villarubí vivía. A instancias del joven, él tocaba y cantaba canciones camperas y, sobre todo, los tristes del poeta uruguayo Elías Regules. Villarubí lo habría llevado a cantar a algunas reuniones y asambleas políticas en otras poblaciones del departamento. Referencias testimoniales lo ubican en 1901 en Paso de los Toros.

Otras referencias lo sitúan, en los últimos años del siglo pasado, en Montevideo. A Hugo Mariani, director de orquesta — que llevó a Gardel a actuar en Nueva York, en 1933— le dijo que *"desde muy joven me metía en los camarines del los teatros de Buenos Aires y de Montevideo para oír a los cantantes a los que luego imitaba"*. Estas palabras coinciden con otras referencias que el artista confió en entrevistas periodísticas. Lo importante de ésta es su mención a los viejos teatros montevideanos. Entre ellos, el tradicional y actual teatro *Solís*, el *Odeón*, inaugurado en 1895, el *San Carlino*, el *Casino*, el famoso *San Felipe*, el *Cibils*, etc.

El investigador Silva Cabrera sitúa a Gardel después del año 1896, viviendo en una pieza colectiva de un conventillo, en Montevideo, en la calle Isla de Flores entre Río Branco y Convención. Esa estadía pudiera haber ocurrido durante ese año o los siguientes, pues del testimonio que él mismo recoge, de quien fuera viejo funcionario de la Jefatura de Policía de Montevideo, Alberto Bacigalupo, se constata que aquel edificio *"estuvo en los últimos años del siglo, libre de habitabilidad"*, es decir, sin compromisos de pago o de contratos de alquiler" (...)

"Poco más se conoce sobre aquella estadía del joven Gardel en Tacuarembó y en Montevideo. Es seguramente uno de los períodos más oscuros de su vida, este lapso que transcurre entre dos siglos. Lo cierto es que sobre él tampoco hay noticias de su vida en

Buenos Aires, excepto dos matrículas escolares de 1897 y 1899".
(...)

"Y a su regreso, busca el reencuentro. Y cuando Berta le pregunta qué había hecho por Montevideo, él le contesta: *"Aprendí a cantar"*, respuesta que encaja perfectamente con las aficiones y andanzas de Carlitos en aquellos años enmarcados entre dos siglos. Y con las referencias de Tomasa Leguisamo, que agrega: *"Cantaba en dúo por allá, con un tal Claudio González"*. Y con el testimonio de Luis Villarubí. Y —quizás ya— aprendiendo en sus encuentros con el famoso payador Arturo Nava, que frecuenta a fines de siglo, en Montevideo, la casa situada en la misma calle Isla de Flores 177 —hoy 1174— entre Cuareim e Ibicuy, en el mismo barrio, a muy pocas cuadras de donde habitaba Carlitos."

Hasta aquí, el artista naciente y sus andanzas entre fines del siglo pasado y en el primer lustro de este siglo. La reconstrucción no ha sido fácil; pero tampoco imposible; tarea a la cual renunciaron tantos biógrafos de Gardel, inventándole una vida que no era la suya. Pero en lo que más interesa, siembra las dudas primarias sobre su propio nacimiento, aquel tránsito finisecular por tierras tan lejanas de Buenos Aires, como Tacuarembó. Vayamos en busca de una identidad perdida.

4. IDENTIFICACION DOCUMENTAL

La identificación y el estado civil de cualquier persona se demuestran y comprueban a través de la documentación obtenida ante las autoridades y en las oficinas públicas administrativas o judiciales correspondientes. Desde la inscripción de su nacimiento hasta la de su muerte, los registros documentales dan fe de la existencia de cualquier persona y de su inserción en la sociedad a la cual pertenece. Las simples relaciones sociales o políticas no pueden sustraerse a tal obligación documentaria, aunque durante algún lapso ellas pudieran mantenerse, en orden a relacionamientos y exigencias públicas muy simples, con ausencia parcial o temporal de documentación o mediante certificaciones apócrifas.

Esto último parece haber ocurrido con nuestro artista. Porque lo cierto es que hasta el presente no ha aparecido ningún documento que pueda comprobarse como auténtico, expedido por autoridades civiles o políticas y suscrito, exhibido o usado con notoriedad por Carlos Gardel mismo, que lo identificara correctamente y diera fe de su existencia, desde su nacimiento real hasta el preciso año de 1920, en el cual comienza su comprobada historia documental. Justamente cuando despuntaba su fama artística.

A la luz de una existencia humana normal, en orden a las relaciones de filiación primero y a las relaciones sociales después —de instrucción escolar, de trabajo— resultaría lógico hallar aquellos rastros documentales. Sin embargo, en el caso no ha sido así.

Se ha mencionado la existencia de una cédula de identidad argentina que le habría sido otorgada por favores de amigos políticos y con la cual podía justificar su identidad en forma primaria. Tal documento habría pasado a integrar el patrimonio de un coleccionista particular. Pero los rastros de tal documento no aparecen en la Policía Federal argentina, pues los expedientes respectivos y los antecedentes policiales han desaparecido.

La residencia de Gardel en Buenos Aires parece ser estable durante las dos primeras décadas del siglo —y aun antes, más allá de algunos viajes realizados a territorio uruguayo— sea cual fuere su nacionalidad de origen. En tales condiciones, no sólo habría podido obtener una cédula de identidad por propio derecho y sin recurrir a favores de terceros, sino aun obtener su carta de ciuda-

danía argentina y su boleta cívica.

Los requisitos para lograr la ciudadanía natural eran ciertamente muy simples, ya que se exigían dos años de residencia, luego de cumplidos los 18 años de edad. En la hipótesis del Gardel más joven —supuestamente nacido en 1890—, a fines del año 1910 hubiera podido estar en condiciones, pues, de tener su carta de ciudadano argentino y obviar todas las dificultades de su indocumentación.

Sin embargo, ello no ocurrió y será en octubre de 1920 cuando revela su nacimiento uruguayo, y en 1923 cuando recién obtiene su ciudadanía argentina. Este prolongado lapso de omisión documental es una clave fundamental para entender la verdadera biografía del artista.

En cuanto a las inscripciones escolares conocidas, en ellas no consta nacionalidad o lugar de nacimiento, lo cual supone que para consumarse tales inscripciones en la matrícula escolar correspondiente no eran exigibles las pruebas de origen natal, o al menos se exoneró de aportar circunstanciadamente dichas pruebas en este caso.

La real historia documental comienza, pues, en 1920. El día 8 de octubre, Gardel peticionó en el consulado uruguayo en Buenos Aires, su inscripción en el Registro de Nacionalidad como ciudadano natural, nacido en "Tacuarembó", República Oriental del Uruguay, el día 11 de diciembre de 1887. Declaró ser soltero, artista, domiciliado en la calle Rodríguez Peña 451 de la capital argentina. En los datos filiatorios mencionó ser hijo de "Carlos", y como madre nombró a "María Gardel", ambos de la misma nacionalidad y los dos fallecidos. Esta atribución de su propio apellido a su madre significa que su padre no lo había reconocido como su hijo, aunque tampoco implica un expreso reconocimiento por parte de aquélla, que no probó por ninguna otra documentación. Porque es bueno advertir que para realizar esta inscripción en el Registro de Nacionalidad, Gardel acreditó su nacimiento con la declaración de dos testigos, uno de ellos, José Razzano, su entonces inseparable amigo de andanzas artísticas.

El segundo documento del cual existe constancia fehaciente es la cédula de identidad argentina Nº 383.017, que le fuera expedida el día 4 de noviembre de 1920. En ella también consta el nacimiento en Tacuarembó, en la misma fecha del día 11 de di-

ciembre de 1887.

El tercer documento es un certificado de buena conducta, obtenido el día 15 de febrero de 1923, Nº 218125, que le fue expedido para la obtención de la ciudadanía argentina.

El cuarto documento es, precisamente, la carta de ciudadanía solicitada el día 7 de marzo de 1923, ante un Juez Federal de la República Argentina. Figuran al pie de su solicitud dos constancias: la de su nacimiento el 11 de diciembre de 1887, en Tacuarembó y la referida al precedente certificado de buena conducta.

El quinto documento es su libreta de enrolamiento del 21 de junio de 1927 —matrícula 236.001, expedida por la Oficina Enroladora de la Sección 10, Distrito Militar Nº 2. Consta en ella que es nacido el 11 de diciembre de 1887 en "Tacuarembó. R.O. del Uruguay", en lógica correlación con su carta de ciudadanía. A este documento correspondió una "ficha de archivo", la cual fue redescubierta en mayo de 1886, incluida en el Registro General de personas. En esta ficha consta: "Apellido: Gardel. Nombre: Carlos. Hijo de: Carlos y de: Bertha Gardel. Nacido en: Tacuarembó. De: R.O. del Uruguay. El día: 11 del mes de diciembre. Profesión: artista. Lee: sí. Escribe: sí. Clase: 1887. Distrito militar: 2. Matrícula: Nº 0236.001".

El sexto documento es la "Ficha electoral", que lo integró al padrón electoral y le permitió la emisión del voto. En este nuevo documento vuelve a figurar el mismo día y lugar de nacimiento y su profesión de "artista", con domicilio en Rincón 137. Se le asigna el circuito "100". En tal ficha figura sobreestampada la letra "N" que distinguía al ciudadano naturalizado.

El séptimo documento, obtenido en París, es la "Carta valable" o autorización francesa de trabajo, del día 16 de marzo de 1931. Las constancias son las siguientes: artista, nacido en Tacuarembó, el 11 de diciembre de 1887. Hijo de "Carlos" —oriundo de Salto (Uruguay)— y de "María Martínez", nacida en Mendoza, Argentina. En el documento se hace referencia a su nacionalidad argentina, por naturalización.

Finalmente, el octavo documento de esta nómina, es el pasaporte póstumo que le fue expedido en el consulado de la República Argentina en Niza, en diciembre de 1932. Este documento se le encontró chamuscado entre sus ropas, al morir el cantor en Medellín. Consta en él que el portador se llama "Carlos Gardel",

que tiene nacionalidad argentina (naturalizado) y que es nacido en "Tacuarembó", "Uruguay", el 11 de diciembre de 1887, mención parcialmente ilegible por la incineración del documento. Consta el Nº de pasaporte 02421, parte de la foto del artista y su firma.

Hasta aquí este recuento de lo fundamental de esta historia transcurrida durante la vida de Gardel y basada sobre los documentos por él obtenidos, firmados por él y usados en su tiempo. Además de estos documentos reseñados, existen otros de menor interés, referidos a certificados de buena conducta destinados a obtener pasaportes que usó para emprender sus viajes a Europa.

Aquellos documentos merecen las siguientes conclusiones:

En primer lugar, son documentos públicos auténticos, en cuanto fueron expedidos por las autoridades competentes, dentro de sus atribuciones y que nunca fueron impugnados de falsedad formal o material; es decir, hacen plena fe, en todo lo que en ellos se expresa, en cuanto resulta coincidente.

En segundo lugar, se tiene por coincidentes: a) el nombre y el apellido del interesado: "Carlos Gardel"; b) el lugar de su nacimiento: Tacuarembó, República Oriental del Uruguay; c) la fecha de su nacimiento: 11 de diciembre de 1887; d) el nombre de su padre: "Carlos", no constando su apellido, lo que hace suponer al titular de tales documentos en los que se expresa su filiación, como hijo natural de tal padre. No coincide, en cambio el nombre de la madre. En el primero y fundamental documento, cuando se registra como uruguayo en el consulado de la ciudad de Buenos Aires, consta "María" y fallecida; en su libreta de enrolamiento figura como "Bertha Gardel" y en el documento parisino de 1931: "María Martínez", nacida en Mendoza. No es fácil descifrar la verdad, cuando ni siquiera se menciona su calidad de hijo natural reconocido o legitimado por tan incierta madre.

En resumen, hemos examinado dos períodos fundamentales, en lo que hace a la historia documental de Gardel: uno primero, que transcurrió hasta 1920, de indocumentación o de documentación dudosa o apócrifa; un segundo período, que comprendió el lapso habido entre 1920 y su muerte, en 1935, cuando logró regularizar su situación documental. Fue desde entonces: Carlos Gardel, nacido en Tacuarembó, el 11 de diciembre de 1887. Y cuando muere, el único documento hallado entre sus ropas cal-

cinadas, acredita tales extremos, al parecer, en forma definitiva. Sin embargo, luego de su muerte surge la sorpresa.

Un testamento hológrafo, suscrito en la ciudad de Buenos Aires, el día 7 de noviembre de 1933 expresa: "... soy francés, nacido en Toulouse, el día 11 de diciembre de 1890 y soy hijo de Berthe Gardes..." "....Hago constar expresamente que mi verdadero nombre y apellido son Carlos Romualdo Gardés, pero con motivo de mi profesión de artista, he adoptado y usado siempre el apellido 'Gardel' y con ese apellido soy conocido en todas partes..." "... soy de estado soltero y no tengo hijos naturales"... "Nombro por mi única y universal heredera de todos mis bienes y derechos a mi nombrada madre Berthe Gardes"... "Nombro mi albacea testamentario a mi amigo (era, además, su apoderado por entonces) Armando Defino"... Y en el renglón inferior, a mitad de página, figura la firma: "Carlos Gardel".

Tales, las menciones fundamentales del documento. No dice nada sobre el nombre de su padre, tan constantemente afirmado en su documentación obtenida en vida; no menciona bienes concretos; sólo agrega: "... no debo suma alguna y perdono todo lo que me deben. Mis bienes resultarán de los títulos y papeles que tenga a la fecha de mi fallecimiento"...

Este documento fue presentado al Juzgado donde se abrió la sucesión de Gardel, en Buenos Aires, el día 13 de agosto de 1935, tres días después que Armando Defino llegara a Buenos Aires de regreso de Toulouse, donde fuera a buscar a Berthe Gardes, que allí residía por entonces.

La forma hológrafa de testar es la simple voluntad del causante fallecido, expresada por escrito en papel simple, sin ninguna solemnidad ni certificación notarial, y reservado en su propia custodia. Si se hallare por los familiares o herederos del difunto, se presenta a la sede judicial respectiva, se reconoce su firma por dos testigos y luego se manda protocolizar por escribano público, devolviéndose finalmente al juzgado respectivo para encabezar el trámite sucesorio. Fue lo que se hizo en el caso, y el 2 de setiembre Berta Gardes solicitó ante el Juez, la formal apertura de la sucesión. Es de hacer constar que esta forma de testar no es válida en nuestro país, aunque sí lo es, en Argentina.

Por ello mismo, para abrir la sucesión en Montevideo —habida cuenta de los bienes dejados en el país— se agregó como ca-

beza de expediente, el documento fundamental que respaldó los dichos de aquel testamento presentado en Buenos Aires. Se trató de un certificado expedido por el Registro Civil de la Alcaldía de Toulouse que contiene los extractos testimoniados de la partida de nacimiento de Charles Romuald Gardes y del acta de reconocimiento de hijo natural practicado el día 22 de diciembre de 1890 por Marie Berthe Gardes. Este certificado había sido expedido el 23 de agosto de 1921 y la firma del Alcalde de Toulouse de esa época fue legalizada recién el 13 de febrero de 1936, por el vicecónsul del Uruguay en dicha ciudad. Con tal documento y el certificado de defunción de Gardel —que ya veremos cuál fue— se inició la sucesión en el Uruguay, el día 27 de marzo de 1936.

Ese único documento, con el correr de las investigaciones, se desdobló y la partida de nacimiento de Charles Romuald Gardes y el acta de reconocimiento de hijo natural, se han expedido múltiples veces por las autoridades toulousianas, a pedido de curiosos o investigadores.

Para completar este largo recorrido por la historia documental de Gardel, sea una última reseña de los documentos de inscripción de su defunción en Medellín.

Al respecto, cabe decir en primer lugar, que el Registro Civil en Colombia, se inició a partir del 10 de mayo de 1939. Antes de esa fecha, las funciones de inscripción de actas de estado civil y su expedición, eran cumplidas por las parroquias de la Iglesia Católica. También los municipios llevaban un listado de defunciones muy simple, en el cual —y en columnas— constaba la fecha, el nombre y apellido del fallecido, la edad, el estado civil, la profesión, la enfermedad o causa de la muerte, el lugar del fallecimiento y una casilla de observaciones la cual se llenaba, generalmente, con el nombre del médico que hubiera certificado el deceso.

Tales, los dos documentos que acreditaron la defunción de Carlos Gardel. El primero está registrado en los libros de la Parroquia de Nuestra Señora de La Candelaria, en Medellín, al Libro 49 de Defunciones, folio 298, partida 1191. Consta en tal partida que German Montoya —el cura párroco— da fe, de que "el veinticinco de junio de 1935 (en letras), en el Cementerio de San Pedro se dio sepultura eclesiástica al cadáver de Carlos Gar-

del, adulto, soltero, oriundo de la Argentina, de cuarenta años, más o menos. Murió quemado en un accidente aéreo en el aeródromo de esta ciudad, en la tarde de ayer, veinticuatro de los corrientes, hijo de Carlos y Berta Gardel". Y al margen reza: "1191. Carlos Gardel. Argentino".

En el segundo de los documentos (el Municipal), se lee, ordenados los datos en columnas contiguas: "No. de orden: 96. Día: 24. Nombre y apellido: Carlos Gardel. Edad, años: 40. Estado Civil: soltero: sí. Profesión: cantante. Enfermedad o causa de la muerte: accidente de aviación. Nº de bertillon: 180. Observaciones: Dr. E. Botero Marulanda".

Hasta aquí, el texto original de las dos actas registradas a la muerte del artista. De ambos se pidieron —por parte de Armando Defino— los respectivos certificados de defunción, para justificar ésta, en los dos expedientes sucesorios. Tales certificados, obviamente, debían reproducir fielmente los datos de aquellas actas.

El 14 de diciembre de 1935, se expidió el certificado del acta registrada en la Oficina de Catastro y Estadística Municipal. Sin embargo su texto sufrió dos alteraciones: la edad que figuraba (40 años), fue modificada por "48 años" y se agregó una mención a la nacionalidad, que se certificó como "Patria: Uruguay. Nacionalizado en Argentina" Tal mención —que no figuraba en el acta original— fue seguramente obra de un funcionario comedido, que prestó atención al pasaporte póstumo de Gardel que estaba en depósito aún, entre sus efectos personales, en las oficinas de Medellín.

El problema suscitado no era menudo. En la sucesión argentina la agregación del testamento hológrafo, todo podía solucionarlo pues rezaba definitivamente que Carlos Gardel había nacido en Toulouse y no en cualquier otro lugar por su propia confesión y ello bastaba para solucionar cualquier contradicción de documentos anteriores o posteriores, hallados o escriturados luego de su muerte. Pero en la sucesión uruguaya —donde el testamento carecía de validez por su calidad de hológrafo— era indispensable que las escrituraciones que acreditaran la defunción del causante, no contradijeran la identidad que surgía del extracto del acta de nacimiento y reconocimiento de hijo natural, de Charles Romuald Gardes, nacido en Francia.

El 29 de febrero de 1936, se expide entonces el certificado que debía reproducir el acta eclesiástica de defunción, pero su texto resulta groseramente alterado. Donde decía que Carlos Gardel era "oriundo de la Argentina", se corrige el error original y se hace constar que es "vecino de la Argentina". Y así se presenta, a la apertura de la sucesión en Montevideo, sin causar contradicción, con los certificados expedidos en Toulouse.

En la sucesión argentina, el día 8 de febrero de 1936, ya se había presentado el certificado de defunción extraído del acta municipal con las alteraciones ya referidas. En el escrito adjunto sólo se dijo que "queda legalmente justificado el fallecimiento del causante Carlos Gardel ocurrido el día 24 de junio del año p.pdo...": Y continuó el trámite sucesorio sin observaciones (1).

(1) Todas éstas precisiones sobre la documentación póstuma acreditada en Medellín, modifica en parte lo consignado en el libro de su misma autoría: "Carlos Gardel. Páginas abiertas", págs. 117 y 118. Agradece el autor la colaboración prestada en el caso, por el Dr. Luciano Londoño López, residente en Medellín.

5. ¿ORIENTAL O FRANCES?

La pregunta ya vale, al simple amparo de la historia real y cronológica de la documentación reseñada en el capítulo anterior, de la obtenida por el propio Carlos Gardel en vida y de la aparecida luego de su muerte, que alteró radicalmente la situación preexistente.

Al morir, poco se discutió sobre la nacionalidad del artista. Sus documentos lo acreditaban como uruguayo; sus íntimos lo tenían por tal y al gran público el dato no lo conmovía, y no había tenido por tema de debate o polémica, su nacionalidad uruguaya que era aceptada pacíficamente. Las agencias telegráficas que informaron sobre la catástrofe de Medellín, hablaron sobre la "...trágica muerte del cantor uruguayo Carlos, Gardel..." (agencia "Havas", desde París); o: "Debido a las proposiciones que le fueron formuladas por el empresario de Carlos Gardel, señor Armando Defino, la madre del infortunado cantor uruguayo Berta Gardel, se trasladará a América del Sur..." (agencia "Havas", desde Toulouse, el día 27/5/935); o: "Anoche fueron suspendidas todas las funciones teatrales y cinematográficas, así como las transmisiones radiotelefónicas, en señal de duelo por la trágica muerte del cantor uruguayo Carlos Gardel" (agencia A.P. desde Medellín, el 25/6/(35); o: "... terrible catástrofe de aviación ocurrida ayer en la que perdieron la vida el celebrado cantor uruguayo Carlos Gardel y el destacado piloto colombiano Ernesto Samper..." (agencia A.P. desde Medellín); o: "El Sr. Adolph Zukor, presidente de la Paramount Pictures, en declaraciones hechas a la "United Press", sobre la muerte del cantor uruguayo Carlos Gardel..." (agencia U.P.I., 26/VI/935).

En nuestro país, el presidente Gabriel Terra inició los trámites para la repatriación de los restos de Carlos Gardel, inmediatamente después del accidente, para ser sepultados aquí. Y dispuso que el Ministerio de Relaciones Exteriores diera cumplimiento a tales propósitos. Sin embargo, por gestión de Armando Defino, Berta Gardes desde Toulouse, le envía al mismo el día 29 de junio un telegrama en el cual consta: "Estoy conforme usted gestione en mi nombre que restos de mi hijo Carlos sean repatriados a Buenos Aires". Las intenciones del gobierno uruguayo quedan truncas y Defino parte a Toulouse a encontrarse con Berta Gar-

des. A su regreso a Buenos Aires, surge el testamento hológrafo.

Cuando el documento se presenta en el Juzgado y ante los periodistas presentes, el 13 de agosto de 1935, Carlos Gardel se transforma en "Charles Romuald Gardes", nacido en Toulouse; deja de ser uruguayo y se convierte en francés, de tacuaremboense pasa a ser toulousiano.

¿Cuál es la verdad y la mentira en el caso? La respuesta ha sido, hasta la actualidad, motivo de una polémica que ha perdurado y se ha incrementado en los últimos años. Ella alimenta el mito, pero en la misma se encierra la intimidad de la auténtica personalidad humana del artista.

Volvamos a la historia documental y podremos lograr algunas luces en el camino. Ya afirmamos antes que todos los documentos obtenidos usados y suscriptos por Gardel en vida, resultan auténticos y legítimos y no han sido impugnados. El testamento hológrafo, por su parte, tampoco ha sido impugnado y es legítimo, de acuerdo a la legislación argentina; pero no resulta válido en los países —como el nuestro— que no aceptan tal forma de testar. El rechazo se basa sobre la forma muy simple que reviste esta expresión de última voluntad y la ausencia de reales garantías sobre su contenido material.

En el caso, las dudas comienzan desde la propia presentación del documento. Los periodistas presentes acreditaron que el testamento estaba otorgado el 9 de noviembre de 1933 en Buenos Aires y decía que Gardel era nacido en Toulouse el día 10 de diciembre de 1890. Después de retirado de la Sede judicial y devuelta a él, —ya protocolizado— esas dos constancias aparecen modificadas. El otorgamiento figura como realizado el día 7 de noviembre —en vez del 9— y la fecha de nacimiento figuró como el día 11 —en vez del día 10— como después también aparecería en las actas de nacimiento y de reconocimiento de Charles Romuald Gardes. Esta corrección era pues, necesaria. Pero la otra también, pues Gardel se había embarcado en Buenos Aires, en su póstumo viaje, precisamente, el día 7 de noviembre de 1933; la mención al día "9" era pues errónea, pues implicaba que la redacción testamentaria se habría hecho en alta mar.

He ahí las primeras "sospechas" sobre la autenticidad del testamento. ¿Ignoraba Gardel la fecha de su redacción y —aún más— podía ignorar el día exacto de su nacimiento? Pero cabe

otra válida consideración. Gardel ese mismo día 7 de noviembre de 1933, en que se embarca, en horas de la mañana, había comparecido ante escribano público, para ceder su automóvil a su íntimo amigo Irineo Leguisamo. Era la mejor oportunidad para autorizar ante el mismo escribano, un testamento rodeado de las máximas garantías de autenticidad. Su apoderado y consejero, Armando Defino, había sido durante muchos años, escribiente de una notaría. ¿Qué mejor consejero que él mismo para inducirlo a tal forma lógica de testar? Sin embargo, es el propio Defino quien diría, que Gardel había redactado su testamento en la misma mañana de aquel día 7 de noviembre. Todo rechina y aparece irracional. Y por lo demás, si Gardel tenía también bienes en Uruguay, hubiera sido lógico que su testamento tuviera valor legal en este país. En definitiva, el lugar, la oportunidad y la forma de testar no condicen con una conducta de lógica elemental.

Nunca se realizó un peritaje caligráfico sobre el testamento, pues nunca fue impugnado formalmente. Nada terminante pudiera afirmarse, entonces, sobre su posible escrituración por tercera persona. Peritos calígrafos consultados, han revelado trazos distintos entre la escritura testamentaria y la usual del artista. Y la firma de Gardel parece de trazos más gruesos y burdos que su firma habitual. Pero incluso, aun admitiendo la autoría formal de Gardel, su contenido material pudiera ser falso. ¿Cuál sería la clave del mismo?

Sabido es que el artista no dejaba herederos legítimos intestados; ni ascendientes, ni descendientes, ni directos, ni colaterales. Su herencia yacente pasaría, entonces, al estado argentino y al uruguayo, en cuanto a los bienes de nuestro país. No era considerable en bienes muebles o inmuebles, pero sí lo era, en los derechos autorales de sus grabaciones y de sus películas o por el valor de su propia imagen. Berta Gardes, si no su madre biológica (en la hipótesis de negar tal vínculo), era su madre de adopción (si no jurídica, por lo menos de hecho), desde la época de su niñez. Las relaciones entre el cantor y ella, supieron más de lejanías y vaguedades, que de intimidades y cercanías, pero de todos modos era la mujer más cercana a él, que le había dispensado atención y compañía en momentos de miseria y angustia. El desenlace resulta razonable: ¿a quién sino a ella pudiera legar su única riqueza, el producto de su arte? No es difícil suponer la intervención

de Defino, para que así ocurriera. No menos sospechoso, resulta el hecho de que, otra vez por testamento hológrafo, Berta Gardes, poco tiempo antes de morir designara como su único heredero —de los propios bienes y los producidos autorales de Gardel— al mismo Defino.

Esta cadena de intereses, culmina cuando José Razzano, desplazado por Defino de la administración de los bienes de Gardel, aparece en escena y le adquiere por reducido monto en proporción a su valor real, los derechos autorales del cantor. En el misterio queda el comprender por qué razones Defino accede a las pretensiones de Razzano, beneficiando a éste, en un acto calificado de "brillante negocio" por el propio Francisco Canaro, por entonces autoridad dirigente de la Sociedad Argentina de Autores y Compositores.

En resumen, el lucro sobre los bienes del artista, un absorbente interés por la conquista de riquezas yacentes, la explotación del nombre y la imagen de Gardel, que jugaron por sobre su propia generosidad y sobre cariños filiales y maternos, reales o inventados, habrían determinado el origen de aquel testamento y esta cadena continua de cesiones de un patrimonio artístico de considerable valor.

Obviamos otras consideraciones adicionales sobre el testamento gardeliano. Volvamos sobre nuestros pasos. Dicho documento fue el último de la historia documental realizada en el capítulo anterior. Pero se enlaza natural e íntimamente, con un primer documento, si el artista fuera aquel Charles Romuald de Toulouse: con su partida de nacimiento que lo dice nacido el 11 de febrero de 1890 en el hospital de La Grave, de aquella ciudad del Mediodía francés. Y con otro documento de la Dirección de Migración del cual dan testimonio varios autores (y hoy desaparecido) que informaba sobre el ingreso a la ciudad de Buenos Aires, en marzo de 1893, de la emigrante Berta Gardes, con un niño —que sería aquel Charles Romuald— de dos años y pocos meses de edad.

Volvamos pues, a aquellos años. Y al hacerlo retornamos al vacío documental que rodeó a Gardel, hasta la segunda decena del siglo. Y a la luz de tales sucesos, ese vacío aparece definitivamente inexplicable. Charles Romuald era un joven inmigrante francés, ingresado regularmente al país con su madre y dotado, pues,

de documentación auténtica. Le hubiera sido fácil documentarse como tal inmigrante legal en Buenos Aires y obtener —según vimos— a fines de 1910 su carta de ciudadanía argentina y desde mucho antes, una cédula de identidad. No ocurrió ni una cosa ni la otra; sobre todo llama la atención la ausencia de aquella asunción de nacionalidad, cuando se le reconocen en la época a Gardel sus andanzas junto a caudillos políticos conservadores de principios de siglo.

Esta inexplicable omisión documental intenta justificarse por los sostenedores de la tesis del Gardel francés, con un manido y recurrido argumento. Se ha dicho reiteradamente, que Gardel nunca hizo uso de sus documentos franceses, pues los requisitos del servicio militar obligatorio, le hubieran obligado a regresar a su país natal y cumplir con aquella exigencia castrense. O, en caso omiso, quedar prófugo de la justicia francesa.

La argumentación es de una gran debilidad y no resiste a un análisis racional, atendiendo a la propia legislación francesa. Esta distingue a los ciudadanos que emigran a países vecinos y a los que residen en los países de ultramar. Para éstos, la obligación de prestar servicio militar se le suspendía desde el comienzo de ella —al cumplirse 18 años— y tal suspensión permanecía vigente durante once años, al cumplir el ciudadano ausente los 29 años de edad. En consideración a la edad de Charles Romuald, pues, la suspensión del servicio militar se habría extendido entre los años 1908 hasta 1919. Pudiera decirse que también hubiera estado obligado al reclutamiento militar en tiempo de la guerra militar y mientras ésta duró, entre 1914 a 1918. Pero aún así, dicho deber de reclutarse no regía para los hijos únicos de madres viudas o solas que tenían su hijo como único sustento. Gardel bien hubiera podido demostrar, sin riesgo alguno, tal circunstancia ante las autoridades diplomáticas francesas en la propia Buenos Aires.

Pero vayamos a una prueba negativa: nunca alguien llamado Charles Romuald Gardes fue requerido por la justicia militar francesa. Esa conclusión está refrendada por una valiosa prueba documental, referida por Erasmo Silva Cabrera y publicada por él en reproducción fotográfica. Se trata de un informe del vicecónsul uruguayo en Toulouse, de fecha 14 de noviembre de 1961, en el cual se establece que en el Registro de Reclutamiento de aquella ciudad, correspondiente a los nacidos en 1890, .. *"el llamado*

Charles Romuald Gardes no figura en el fichero de reclutamiento". Y agrega el informe: *"Desde el momento en que no figura en el fichero de reclutamiento es que no fue llamado a filas, por no estar incluido en el censo general que la ciudad de Toulouse lleva en su Alcaldía".*

Incluso, y para concluir, la misma leyenda del desertor se desvanece en las propias palabras de Armando Defino, uno de los creadores. Dice él mismo: ... *"Nunca supe, porque mi discreción me impidió interrogar a Carlos, sobre el motivo que lo llevó a alterar su nacionalidad".* Uno de los creadores de la transitada historia del Gardel francés, de tan íntima relación con el testamento hológrafo, ni siquiera conoce, pues, al presunto desertor de los ejércitos de su patria, transgresión legal alegada como razón suficiente para explicar aquella alteración de nacionalidades, la cual se buscó subsanar mediante la supuesta escritura del testamento hológrafo.

José Razzano, el otro íntimo amigo de Gardel y compañero de tantas andanzas y actuaciones artísticas, tampoco en sus escritos propios o en los dictados a García Jiménez, se refirió a esta supuesta estratagema de Gardel que lo condujo a alterar su nacionalidad. Las dos personas que pudieron dejar escrito tan importante paso en la vida del artista, omitieron referirse a él y a las explicaciones y justificaciones que le habrían dado origen.

Nada pues autoriza a seguir afirmando la tesis de la deserción del servicio militar, para ocultar la nacionalidad francesa. Y, precisamente cuando cesa la carga de prestar servicio militar voluntario —según dijimos— y no obligatorio para los ciudadanos franceses en ultramar, en 1919 es cuando al año siguiente se registra como uruguayo en el Consulado de Buenos Aires.

Ninguna otra documentación acredita la existencia de un ciudadano francés llamado "Charles Romuald Gardes", en Buenos Aires. Constancia de inscripciones escolares de 1901 y 1902, omiten toda referencia a su fecha y lugar de nacimiento. ¿Por qué razón se ocultaba la documentación? Berta la tendría en su poder y no la dio a conocer para llenar tales vacíos, en esos años de principios de siglo, ni después. Y si no tenía consigo documentación sobre el escolar primero y sobre el artista naciente después, la podría haber obtenido en la propia Toulouse, donde residía su madre, sus hermanos y varios otros parientes.

Es recién en 1921, cuando se expide en Toulouse aquel certi-

ficado que comprendía un extracto de un acta de nacimiento y de un reconocimiento de hijo natural (ni siquiera testimonio de las actas originales), cuyas firmas se certificarían en 1935, y que fuera presentado como documento justificativo de identidad en la sucesión uruguaya, en marzo de 1936. Aún permanece en el misterio, el saber para qué trámite obtuvo Berta Gardes tal documento en Toulouse. Se sabe, sí, que viajó hasta esa ciudad y lo trajo consigo a Buenos Aires. Pero nuestro Carlos Gardel no usó de él ni lo exhibió en lado alguno. Ya meses antes, el 8 de octubre de 1920, se había registrado como ciudadano uruguayo y es en tal calidad que obtiene su carta de ciudadanía argentina, más de dos años después.

Queda por despejar otra incógnita referida a aquel período de indocumentación que duró precisamente hasta ese 1920, y es la que dice una relación paralela con el desarrollo anterior. ¿Por qué razón si Carlos Gardel fuera el uruguayo nacido en Tacuarembó, tampoco obtuvo como tal su carta de ciudadanía argentina con antelación? En el caso, juegan factores de lógica elemental.

Por lo que se dirá, el posible Gardel uruguayo nunca fue inscripto —por lo menos con nombre y apellido identificable— en el Registro Civil uruguayo, es decir, era un nacido indocumentado. Cuando es llevado a Buenos Aires —y José Razzano dijo en más de una oportunidad que fue en 1891 y no en 1893— no lleva pues consigo una partida de nacimiento y es posible que ni siquiera conociera a sus padres verdaderos. No podía probar por entonces su nacionalidad uruguaya. La ley consular de 1906 exigía para la inscripción formal en el extranjero de cualquier nacional uruguayo, en el Registro de Nacionalidad, la presentación de documento de nacimiento que probara a éste como acaecido en territorio del país. No fue sino hasta 1917 cuando se dictó un decreto reglamentario de las leyes de organización y aranceles consulares, que permitió una brecha en tan rigurosa disposición. Desde entonces se permitió que a falta de documentos del registro de estado civil o supletorios que probaran el nacimiento, se podía probar la nacionalidad de origen mediante la declaración de dos testigos, con preferencia de su misma nacionalidad. Y fue precisamente ello lo que, en 1920, hizo Carlos Gardel. Y se registró nacido en Tacuarembó porque esa era, precisamente, su ver-

dad. Dijo "1887" como año de su nacimiento. De acuerdo a su vanidad de artista y el cuidado de su "pinta" —que en Gardel fue siempre muy notorio— podía haber dicho "1890", habiéndolo asimilado a su presunto nacimiento tolosano y así quitarse tres años de edad, y tampoco lo hizo. Más bien —aun diciéndose nacido en 1887— y en base a otros datos iconográficos y a declaraciones suyas y de terceros testigos, se habría quitado edad. En lo personal, lo suponemos nacido en 1884.

Todo este recorrido que arranca en los años finales del siglo pasado y principios del presente, hasta 1920, no puede sino llevar a una convicción real y lógica: que no es posible justificar las omisiones documentales en un "Charles Romuald Gardes" nacido en Toulouse y emigrante regular a la ciudad de Buenos Aires, omisión documental nunca subsanada hasta la aparición del discutible testamento hológrafo; pero que sí es lógica la misma omisión en que habría incurrido un Carlos Gardel nacido en Tacuarembó, ante una documentación inicial que se subsanó en 1920, cuando las disposiciones consulares vigentes le permitieron acercarse a la verdad filiatoria.

"Nuestras respuestas en el caso, se engloban y resumen en una sola y más sencilla: Gardel se documentó desde 1920 en adelante, exactamente como nativo de Uruguay, nacido en Tacuarembó y como hijo de un padre llamado siempre "Carlos", porque precisamente ésa era la verdad. Por eso mismo no recurrió a una documentación francesa que no le pertenecía y tampoco recurrió a una posible e inventada documentación que pudiera acreditar otra nacionalidad, inclusive —¿por qué no?— la argentina, ya que en ese país residía y tenía la intención de seguir permaneciendo en él. Se dijo uruguayo, pues, y de Tacuarembó, porque era su origen real. Podía haber dicho que era nacido en Montevideo —ciudad capital—, donde su origen hubiera sido mucho más difícil de rastrear si lo hubiera querido definitivamente ocultar. Pero dijo exactamente "Tacuarembó", porque era su pago nativo y no otra cualquier ciudad que pudo invocar.

El propio momento histórico explica esta decisión que adoptó Gardel en documentarse y de la forma que lo hizo. Ya referimos su adhesión a los caudillos conservadores de la época y a los favores que éstos le dispensaban, entre ellos la obtención de una cédula de identidad argentina, hecho aceptado por diversos inves-

tigadores. Con dicho documento, es seguro, el artista habría desenvuelto su actividad en Buenos Aires, en provincias, donde ya había salido en gira con Razzano, y en Montevideo. Pero ya no le bastaba, por las dificultades en obtener documentos de viaje, para salir a otros países y porque, además, lo ponía en riesgo en la misma Buenos Aires. En efecto, en 1916 gana las elecciones el radicalismo y ocupa el poder Hipólito Yrigoyen. Su encono es manifiesto contra aquellos caudillos conservadores de comités de barrio amigos de Gardel, contra Barceló, Ruggiero, los Traverso o similares, creadores de fraudes y componendas electorales. Los frenos a todas las actividades políticas marginales y las represiones a las actividades que representaran violaciones a reglamentos municipales, o a la ley moral no escrita (casas de juego, salones de baile, prostíbulos, etc.), se hizo sentir de inmediato. Además, en 1919, el proletariado argentino sufre una cruenta represión. Así las cosas, estar sin documentación o aún peor, documentado falsamente, constituía un peligro real e inminente y más grave aún en el caso de Gardel, amigo de los caudillos conservadores bonaerenses y asiduo concurrente a aquellos sitios censurados o vigilados.

Debe evadirse pues, en forma eficaz y definitiva, de los problemas que le pudiera causar su indocumentación ante las autoridades argentinas. Más aún, con los antecedentes policiales y procesales que obran en su contra. Recurrió entonces al consulado del Uruguay en Buenos Aires para obtener su *"Registro de Nacionalidad"*, como nativo del país". (Libro del autor, ya citado, págs. 35/36).

Finalmente, cabe desechar, para que no queden resquicios, un argumento subsidiario de quienes excusan al francés Charles Romuald Gardes de obtener con antelación a 1920 su carta de ciudadanía argentina. El Gardel joven habría incurrido en actividades delictivas durante los años jóvenes de su vida, y al no poder obtener un certificado de buena conducta le era imposible documentarse. Esta interpretación choca con las propias declaraciones de Berta Gardes y documentos presentados por ella, que lo muestran como un alumno ejemplar en la escuela, y su fiel y cariñoso hijo.

"Pero además, si se invocaran los antecedentes delictivos probables del artista para justificar la razón de su tardanza en obte-

ner la ciudadanía argentina, la argumentación serviría en el caso de tratarse de Carlitos, el criollo, y no de Charles Romuald Gardes. Los antecedentes delictivos no podían pertenecer a este último, nacido en 1890. En 1908 habría cumplido exactamente, sus 18 años, mayoría de edad necesaria para considerarlo penalmente imputable, procesarlo y condenarlo como primario, y más aún cómo reincidente. No podía, pues, haber sido condenado antes de ese año, a pena de reclusión carcelaria. Pero el Carlitos criollo, nacido años antes de 1890, sí pudiera haber cometido delitos y haber sido condenado por ellos antes de 1908, tal como habrá de relatarse. Después de ese año y especialmente a partir de 1910, ya es conocida la vida del artista, que regularizó su conducta y su convivencia social. En definitiva, si un impedimento por la comisión de anteriores actos delictivos pudiera existir para obtener la carta de ciudadanía argentina, él implicaba al Carlitos criollo, pero no al tolosano Charles Romuald Gardes". (Libro del autor, ya citado, pág. 35).

En resumen: de todo el período inicial de indocumentación, de toda la historia documental de Gardel vivo, que arranca en 1920 y concluye con su muerte en 1935, y de la documentación póstuma conocida, se desprende un Carlos Gardel que no es posible ser asimilado a un Charles Romuald Gardes nacido en Toulouse, a despecho de lo que dice un testamento hológrafo, que no sería más que el instrumento de una gran trampa a la pública credibilidad. Porque, en definitiva, esto es lo que interesa, y no los pocos o muchos beneficios que el fraude haya reportado a sus autores y cómplices.

Dejando documentos a un lado, la vida infantil y adolescente de nuestro Gardel, aun en sus luces difusas, nos habrán de demostrar cuán lejos se encuentra del Charles Romuald de Toulouse.

6. LA HISTORIA DEL FRANCES, INMIGRANTE Y ESCOLAR

En dos capítulos separados habremos de referir dos historias diferentes, que apuntan a consagrar la biografía de un mismo personaje, Carlos Gardel. Ya algo hemos dicho en los capítulos precedentes, cuando contamos sus primeros pasos artísticos entre las noches de Buenos Aires y los lejanos caminos de Tacuarembó, y cuando hurgamos en los documentos que pudieran brindarle una identificación en vida y después de muerto. Y sesgamos nuestra opinión hacia la posible verdad de un artista nacido en nuestra tierra oriental.

Pero es necesario agotar las fuentes primeras de la información y el recuento de tantos datos que nos llegan de un fondo de desvaídas imágenes no integradas plenamente entre sí, en un apasionante rompecabezas cuyas piezas nunca parecen ajustarse a una posible historia real, que escapa a infinidad de razonamientos de inasible lógica.

En Toulouse, el 11 de diciembre de 1890, nacía en el Hospital de La Grave, un infante, hijo de Berthe Gardes y de padre desconocido, al cual se puso por nombres Charles Romuald. Esa madre, a su vez, había nacido en la misma ciudad el 13 de junio de 1865, hija de Vidal Gardes y Helene Camares, según reza su partida de nacimiento (1).

Además de su inscripción en el Registro Civil, emana del nacimiento de aquel niño, su partida de bautismo expedida al día siguiente. En ella la fecha natal figura como "10 de diciembre".

La historia difundida sobre la vida de este niño, nos cuenta que la propia madre ocultó la identificación del padre. Y a su respecto, incurrió en muchas contradicciones en varias entrevistas periodísticas o declaraciones a amigos. Lo identificó como "Paul Lasserre" y dijo que era viajante de comercio, pero en otra oportunidad dijo era militar. Dijo también que había sido su "marido" y que su "noviazgo" había sido rechazado por su madre, la cual se

(1) El autor deja constancia que en su libro ya citado —pág. 166— expresó que nunca se había econtrado su partida de nacimiento. Reconoce su error, pues ella se había obtenido en Francia. Un amigo colaborador le remitió su texto y comentarios sobre el documento mencionado, que lo validan y lo presumen auténtico.

oponía a sus relaciones, por lo cual decidió un día alejarse de la casa materna. También dijo que el padre del pequeño había muerto cuando apenas éste contaba dos años de edad. Sin embargo, Defino nos cuenta que tal padre llegó un día a Buenos Aires, en 1917, a reclamar aquella paternidad. Por aquí comienzan las innumerables contradicciones de la versión.

Se ha contado que el hecho de haber dado a luz un hijo de "padre desconocido" y no reconocido, había sido un permanente reproche familiar y una vergüenza social, por lo cual, siendo imposible para Berthe seguir viviendo en Toulouse, se había ausentado, embarcando hacia Buenos Aires. Esta versión es infantil, por decir lo menos. Toulouse era ya por entonces una importante ciudad francesa y no un pequeño pueblo provincial. La familia Gardes era una más entre muchas miles y la propia Berta, una mujer humilde, de poca instrucción y cultura, no sería el blanco de los juicios moralistas de los ciudadanos de Toulouse. El estudio de las actas de nacimiento de esa época en el registro civil tolosano, nos indica que la mayoría de los niños nacidos eran hijos naturales. Las presiones familiares y sociales sobre aquella madre no resultarían, pues, tan irresistibles. Por lo demás, no aparece como lógico que Berta, con familiares en lugares cercanos como la ciudad de Albi o Barcelona, en el cruce de frontera, eligiera un destino tan lejano como Buenos Aires para ocultar la aparente humillación de haber tenido un hijo natural, que de todos modos hubiera podido afectarla antes, durante todo su embarazo o durante los dos años y meses de vida del niño. El viaje a Buenos Aires tiene por cierto otra explicación más racional y lógica, que en capítulo siguiente expondremos.

En febrero de 1893, Berta y su hijo se embarcaron en Burdeos y llegan a Buenos Aires en los primeros días de marzo. Por lo menos así constaba en documentos de la Dirección de Migración del puerto bonaerense. Esta anotación, mencionada por varios biógrafos, sin embargo no está en los registros actuales; habría desaparecido por obra de algún impenitente coleccionista. En tal acta, sin ningún otro documento de referencia, se hace mención a un niño llamado Charles Romuald, que llega en compañía de su madre, de 2 años y 4 meses de edad. Y nada más.

Al llegar a puerto los estarían esperando una francesa amiga de Berta, Anais Beaux y su esposo Fortunato Muñiz, que vivían en

la calle Uruguay, donde aquélla tenía un taller de planchados y dónde Berta comenzó de inmediato a trabajar. Ella misma dijo en varias de sus declaraciones que había dejado su hijo al cuidado de una familia de domicilio cercano, ya que no lo podía tener consigo por razones de trabajo; sería la familia Carroll-Vacca, que ha narrado anécdotas de aquel niño. Sin embargo, otros testigos han asegurado que con Berta vivía en permanencia un infante al cual presentaba como su hijo. Cuando Gardel fue mayor, recordaba con cariño y prestó ayuda al matrimonio Beaux-Muñoz, a quien llamaba "mis queridos viejitos", pero nunca hizo mención a los integrantes de aquella familia Carroll-Vacca. Hay en toda esta época primera, numerosos detalles contradictorios, que obviamos detallar aquí (1).

Dé esos primeros años datan las correrías infantiles del niño a cargo de Berta, sus primeros abandonos del hogar materno, sus vagabundajes por las zonas portuarias y por el mercado del Abasto.

Los primeros documentos que acreditan la existencia del menor aparecen con la trayectoria de su vida como escolar.

"Un documento que reproduce Armando Defino acredita que en el año 1897, el niño Carlos Gardes cursó el primer año en la *Escuela Superior del Estado*, en Buenos Aires, con la calificación de *Distinguido*. No se han encontrado elementos de convicción que demuestren una escolaridad previa o de jardín de infantes; algún indicio lo sitúa en una escuela francesa que podía haber sido el *Lasalle*, pero nada lo ha confirmado. Al comenzar este curso escolar en el mes de marzo de aquel año, Gardel tendría pues, 6 años de edad.

Los autores Carlos Zanelli y José Luis Macaggi amplían el dato: *"Según hemos podido establecer, el alumno ingresó a la escuela conocida como Superior de Niñas Nº 1 (actualmente Nicolás Avellaneda), ubicada en la esquina de Talcahuano y Viamonte. El establecimiento, del consejo escolar sexto, parroquia de San Nicolás, tenía alumnado mixto hasta cuarto grado, ciclo a partir del cual las niñas quedaban en esa escuela y*

(1) Recomendamos la lectura del libro del autor en los capítulos VIII —págs. 89 y sigs.— "El Gardel francés de 1890" ,y XII —págs. 165 y sigs.—."La muchacha y el villano", para una idea más acabada de este arribo a Buenos Aires y la vida inicial en la ciudad.

los varones debían pasar a similares". Siguen otros datos y luego dicen: *"En la columna reservada a Carlos Gardes, dice que tiene 7 años"*. Este dato puede referirse a la edad precisa con la cual el niño escolar concluía (en diciembre) su curso escolar.

Ningún documento o dato de otra especie se conoce para probar su asistencia a la escuela durante el año 1898; se ignoran las causas posibles de esa deserción. Armando Defino obsequió al Instituto Nacional de Estudios de Teatro de Buenos Aires un *Certificado de promoción de 2° grado del Consejo Nacional de Educación, noviembre 15 de 1899.* Fue pues durante ese año que aquel niño llamado "Carlos Gardes", cursó su segundo grado escolar.

Una nueva interrupción en su instrucción primaria se produce aparentemente al año siguiente, pues no se conoce ningún dato que compruebe o suponga el cumplimiento de algún curso escolar durante el año 1900. En una nota periodística de la revista argentina *"Sintonía"*, del 23 de julio de 1938, escrita por su redactor Floreal Fernández Raja, se reproducen manifestaciones realizadas a dicho periodista por Berta Gardes: "Entre otras cosas, ella reveló que a los 10 años llevó a su hijo a Francia a visitar a sus familiares y para que él hiciera la primera comunión".

Transcribimos aquí, de nuestro citado libro (pág. 46):

"En el año 1901, y recién en el mes de abril —cuando los cursos habían dado comienzo, como era la norma corriente, en el mes de marzo— *"Carlos Gardés"* figura matriculado en el Colegio *Pío IX*, también llamado *San Carlos*, perteneciente a la Congregación Salesiana, en calidad de *"artesano"*. En la matrícula respectiva figura como hijo natural de *"Berta Gardes"*, de oficio *"planchadora"*, que vivía en la calle Uruguay 162. Pero en donde debía figurar el lugar y la fecha de nacimiento no existe ninguna mención. Documento similar, correspondiente al año 1902, acredita que el mismo alumno —*"Carlos Gardes"*, ahora sin acento— realizó allí su curso escolar de tercer grado durante ese año, pero ahora en simple calidad de *"estudiante"*.

Estos documentos reproducidos en forma fascimilar en varias obras, son los encabezamientos de las matrículas pertinentes, escrituradas en los libros correspondientes a aquellos dos años de 1901 y de 1902. Fueron publicados por vez primera en la revista argentina *"Platea"*, en junio de 1960 y su reproducción se debió

entonces a la gentileza del presbítero argentino Raúl Entraigas, que había actuado como maestro en dicho instituto salesiano de enseñanza.

El autor de esta obra, por la amable acogida que recibió de otro sacerdote de esa Congregación, el P. Humberto Baratta, director del museo y archivo situado en aquel Colegio *Pío IX*, tuvo acceso a los libros de matrículas citados. Pudo comprobar personalmente que en ninguno de ambos se encuentran menciones al año y lugar de nacimiento del alumno, ni siquiera su edad. Esta ausencia de datos llama la atención. ¿Por qué razones valederas Berta Gardes omitió proporcionar esos datos, infaltables en las matrículas de los otros escolares? Dentro de un orden normal de cosas, no podía negar y menos ignorar los datos de su hijo Charles Romuald, nacido en Toulouse en 1890. ¿Por qué no figuran allí, ni en 1901, ni en 1902?

Durante el año 1904, aparece *"Carlos Gardes"* como alumno del sexto —y último— año escolar en el colegio *San Estanislao*, de la calle Tucumán 2646, de Buenos Aires. Ello ha quedado documentado en un certificado de *"Clasificaciones obtenidas en los exámenes de 1904 por el alumno Don Carlos Gardes del 6º grado"*. En las trece materias a las cuales se refiere, el alumno obtuvo la calificación máxima de 10 puntos".

Este certificado fue publicado por Armando Defino, sin correlación con acta original emanada del citado colegio. Y seguimos con la transcripción:

"Del año anterior —1903— tampoco existe ninguna referencia escolar, tal como había ocurrido en los años 1898 y 1900. En conclusión, si *"Carlos Gardes "* (o *Gardés*), alumno de las escuelas citadas, fuera el Charles Romuald Gardes nacido en Toulouse en 1890, al iniciar su vida escolar, en marzo de 1897, habría tenido 6 años de edad, y 14 años recién cumplidos, al culminarla en el mes de diciembre de 1904.

Pero cabe desde ya, efectuar dos observaciones que siembran dudas. La primera se refiere, no sólo a la falta de datos sobre esas interrupciones en su instrucción primaria, en tres años diferentes y no consecutivos, sino a la falta de correlación sucesiva en los cursos anuales. Si en 1902 aquel alumno había cursado tercer año de escuela, según vimos, en el colegio *Pío IX o San Carlos*, debió cursar cuarto grado en 1903 —es seguro que ya no estaba en ese

colegio y no hay otros datos para ubicarlo— y su quinto, en 1904. Sin embargo, aparece cursando en este último año, el sexto grado de escuela en el colegio *San Estanislao*" (...)

"La calificación de *"Distinguido"* de su primer año y las brillantes notas de su sexto grado, indican la buena aplicación y los méritos intelectuales de ese infante. Pero ello no guarda ninguna relación con lo ocurrido en el Colegio *Pío IX o San Carlos.* En tal sentido nuestro informante, el sacerdote Humberto Baratta, fue muy claro y espontáneo al referirse a él como un alumno mediocre y de mala conducta. Comenzó por decirnos que su madre, Berta Gardes, lo hizo ingresar en el colegio; en calidad de pupilo; porque *"ya no podía con su vida"*, y que cuando llegó a él, en 1901, *"ya era un mocito"*. Esta última referencia adquiere singular importancia, pues no podía ser *"un mocito"* el Charles Romuald nacido en 1890, quien entonces tendría tan sólo 10 años de edad. Pero además, el P. Humberto Baratta nos agregó que tan irregular era la conducta de aquel alumno en su taller de artesano, que hubo que cambiarlo por tres veces precisamente de taller, por la desconformidad de sus profesores.

En 1902, se le hace ingresar como estudiante. Pero durante aquel tercer grado, no mejora ni su conducta ni su aplicación. Las notas que se han dado a conocer, obtenidas en las diversas materias que integraban el curso —nos reconoció nuestro informante— fueron incluso *"mejoradas"*, seguramente por no denigrar a quien tantos años después se convirtiera en el hombre famoso y en el admirable artista. Un remoto antecedente de éste se halla en su mejor calificación de aquel lejano curso escolar, en la materia voluntaria de *canto*, en el cual obtuvo un premio final de *"Digno de alabanza"* concedido por su maestro de música" (...)

"Estas dudas y contradicciones se reflejan en los propios dichos de quienes nos han hablado de aquel escolar y que tuvieron en vida las relaciones más estrechas con él. Dice Defino: *"...se distinguió por su aplicación, obteniendo notas máximas en todas las materias (...) el chico era despierto y estudioso..."*. Dijo Berta Gardes: *"...Carlitos era un vagabundo de chico, no quería estudiar, andaba en la calle todo el día..."* (entrevista del diario *"El Debate"*, de Montevideo, el día 13/agosto/935). ¿Hablan ambos del mismo niño? Sin otros elementos de juicio, ya hay derecho a la duda. Pero los elementos de juicio se amontonan, para legitimar, no ya la duda, si-

no la certidumbre de que la real historia de aquel niño y joven escolar no es la lineal y unívoca que tradicionalmente se ha contado"..

En resumen: 1897 y 1899 son los dos primeros años de vida escolar; 1901 y 1902 otros dos años en el colegio salesiano, como artesano y estudiante; 1904, el último curso de sexto grado. Y las diferencias de aplicación y conducta son notorias entre aquellos dos primeros cursos y el último, frente a los dos intermedios de 1901 y 1902, con notas mediocres y mala conducta.

En un esfuerzo interpretativo con lo ya escrito y estas conclusiones de la historia escolar, debe destacarse desde ya una formidable contradicción: no es posible asimilar el escolar de sexto grado de 1904, internado en colegio privado y poseedor de una disciplina y de una aplicación privilegiadas, que le hace acreedor a notas y puntajes máximos, con aquel joven artista que recorre las noches de Buenos Aires, sus cafetines, comités políticos, fiestas, lugares de "farras, timbas y mujeres". Asimilar ambos personajes en uno solo es imposible y antojadizo. "El Melenas" y el "Morocho del Abasto" de 1903 y 1904, no puede convertirse durante el día en el alumno ejemplar de un banco de escuela. Menos aún —con un nacimiento fijado en diciembre de 1890— podría, entre los 12 y los 14 años, recorrer y actuar en aquellos sitios de la noche bonaerense hasta altas horas de cada madrugada... ¡para después concurrir a su escuela! Ello resulta definitivamente inverosímil.

Y sigue siendo inverosímil, aun cuando —como se ha sospechado— aquel certificado escolar del colegio San Estanislao fuera falso y el artista en 1904 estuviera ya libre de aulas escolares. Porque la edad del cantor errante y bohemio de 1904 no es posible fijarla —a partir de 1890— en doce a catorce años. "El Melenas" y "El Morocho del Abasto" del primer lustro del siglo, de acuerdo a los testimonios concordantes de quienes por entonces lo conocieron y documentos fotográficos hallados, es ya un avanzado adolescente, y aún más, un joven "veinteañero".

Y si de fotografías se trata, valga un ejemplo que ahonda la contradicción. La propia Berta Gardes, en una entrevista de la revista "Canción Moderna", siembra más confusión. Presenta como hijo suyo (asimilando Charles Romuald a Carlos Gardel), la imagen de dos niños que aparentan la misma edad —quizás los 9

años—porque son radicalmente diferentes. Uno es de físico fino, de cara oval; el otro grueso, robusto, de cara redonda, situado en medio de numerosos condiscípulos —todos varones— en un grupo escolar, no determinando su año ni el lugar. Es de una evidencia muy clara que se trata de dos niños distintos; el segundo, muy seguramente, puede identificarse como el verdadero Carlos Gardel de años después. Debe destacarse, además, que aquellas primeras aulas escolares de 1897 y 1899, eran mixtas de varones y niñas. Tales grupos escolares, pues, no son asimilables a los de tal foto, de varones exclusivamente. Investigaciones parciales situarían el año de la fotografía como el de 1893 y su lugar, en una escuela montevideana. Lo que concuerda con obsesivos recuerdos del propio Gardel, a lo que nos hemos de referir en próximo capítulo.

Volvamos atrás, para afirmar sí, la validez de aquellos certificados escolares de1897 y 1899. Pudiera ser él, el Charles Romuald de la historia, cuando tiene entre 7 y 8 años de edad. Pero ya resulta legítima la duda sobre la identidad del artesano y estudiante de 1901 y 1902, del colegio salesiano; era, indudablemente el después cantor. Pero ¿quién era, en realidad? ¿Charles Romuald o un Carlitos criollo?

Es momento de narrar otra historia, que podría cubrir los vacíos, las contradicciones y las inverosimilitudes que encontramos en la historia contada en este capítulo.

7. LA HISTORIA DEL ORIENTAL

Berta Gardes en Tacuarembó

Una mujer es punto de enlace de ambas historias: Berta Gardes. Ya algo hemos dicho de ella, como madre que fue de Charles Romuald Gardes, su hijo toulousiano. Pero hurgando en las raíces de otra historia nos enfrentamos a una falsa maternidad: la que se le atribuye con relación a Carlos Gardel, de quien fuera, sin embargo, su receptora y su preceptora, en una extraña relación de cariños, desaprensiones y lejanías que se mezclaron extrañamente desde la infancia hasta la muerte del artista.

Como en la historia ya narrada de su hijo, el francés, un día Berta decidió viajar al Río de la Plata. Pero lo hizo unos cuantos años antes, soltera, joven y agraciada, y en compañía de una o dos amigas francesas. Tenía el "espíritu aventurero" que le imputó a su madre en la conocida entrevista de "La Canción Moderna" de 1936.

Aquélla, seguramente, había viajado en épocas de la infancia de su hija, a Venezuela. Permaneció un tiempo en Caracas, regresando luego a Toulouse. Aunque no hay constancia fehaciente de ello, es casi seguro que ese viaje lo haya hecho en compañía de la por entonces niña Berta, de acuerdo a ciertas declaraciones de esta misma. Dados tales antecedentes, no le habrá sido difícil llegar al Plata, siguiendo las rutas de tantos miles de inmigrantes franceses que poblaron estas tierras.

El viaje de Berta se ubicaría en los inicios de los años ochenta, casi precisamente en 1882. Al arribar a Montevideo, supo de la existencia de la "Compañía Francesa de Minas de Oro del Uruguay", que solicitaba personal para la explotación de los yacimientos descubiertos en las zonas limítrofes entre Tacuarembó y Rivera, y empleados administrativos y personal de servicio para sus oficinas.

Hasta allá marchó nuestra "francesita", mientras sus amigas seguían viaje a Buenos Aires; ellas serían Anaïs Beaux y Odalie Ducasse de Capot.

Transcribimos de nuestro libro ya citado (págs. 172 a 175):

"Durante los años sesenta, del siglo pasado, se descubren en territorios que entonces integraban el departamento de Tacuarem-

bó (desde 1884, pasaron a integrar el de Rivera), en las zonas de Cuñapirú, Santa Ernestina, Minas de Corrales, San Gregorio y Zapucay, minas de metales preciosos que originaron explotaciones auríferas. Estas zonas se encontraban situadas al noreste de la ciudad de Tacuarembó, a pocos quilómetros de ella.

Se concedió la explotación de esas minas, a compañías extranjeras. En 1878, se fundó, en París, la *Compañía Francesa de Minas de Oro del Uruguay*. Se importaron maquinarias francesas al país, para tecnificar el trabajo de explotación y extracción de oro y llegaron a vivir a la ciudad de Tacuarembó y a Minas de Corrales, directores de aquella empresa y técnicos asociados, con sus familias. En las obras y en la explotación de las zonas mineras, emplearon personal nativo y, en buena parte, trabajadores franceses que llegaban al país como inmigrantes; ante el número creciente de personas que arriban a la zona, el gobierno reglamentó la introducción y el empleo de mano de obra extranjera. El ingeniero francés Víctor L'Olivier estaba al frente de la compañía francesa, cuyo capital inicial fue de diez millones de francos y empleaba a más de mil obreros y personal de servicio. A Tacuarembó se le llamó entonces la *"California sudamericana"* y varios pueblos surgieron al amparo de esa *"fiebre del oro"* y alcanzaron un progreso inusitado para la época, en la campiña uruguaya.

Una descripción viva de esa etapa, ha sido dejada por el historiador de la vida tacuaremboense, Ramón Pablo González: *"...Toda la región vive una época distinta. A diferencia de las hasta entonces costumbres locales en lo social y comercial, la época francesa trae a Santa Ernestina, Cuñapirú y Minas de Corrales, una manera de vivir euroepizada (...) Por los años 1885 a 1887, gentes de todas partes acudían en procura del preciado tesoro, principalmente grandes 'cocottes' que viajaban en busca de placeres y fortuna. Y a consecuencia de ello, tuvo Tacuarembó por ese entonces, dos lujosos cabarets, en los cuales se realizaban fiestas a las que no faltaba lo más selecto del sexo masculino del antiguo San Fructuoso (...) Uno de esos locales se llamaba 'La Rosada'" (...)*

"Los rastros de este arribo de Berta Gardes, durante aquellos años a Uruguay, son muy numerosos y conceden verosimilitud convincente al episodio. Ella misma dice al diario *"El Debate"*, cuando pasa por Montevideo, en compañía de Defino, en agosto de 1935, que *"...vino en plena juventud a Montevideo..."*, sin aportar otros datos. En la entrevista de *"La Canción Moderna"* (junio de

1936) dijo que un día, cuando era joven, salió de Francia con su madre *"que tenía espíritu muy andariego"*, con el propósito de *"venir a Montevideo"*, pero que el barco desvió su ruta y fue a parar a Venezuela... Desenlace, por cierto, poco creíble" (...)

"Existen testigos y datos verosímiles que confirman su arribo a Montevideo durante 1882 o poco después, pero no con su madre, sino acompañada por dos amigas de su misma nacionalidad. Luego, fue a Tacuarembó. Esteban Capot dijo que su madre y doña Berta viajaron juntas desde Francia, con él, de niño. Cuando ésta viajó en 1893, no lo hizo en compañía de su amiga, que no figura como pasajera en el mismo barco. El viaje debió ser anterior, pero posterior en todo caso, a enero de 1882, nacimiento de Esteban Capot, de origen francés, a lo cual ya se ha hecho referencia.

Por su parte el músico José Colom Contreras, en sus declaraciones al diario "Crítica" de Buenos Aires, según ya referimos con anterioridad, dijo que Odalie Ducasse y Berta, habían llegado juntas a Buenos Aires, procedentes de Montevideo.

La señora Juana Gil de Daneri, modista en su juventud, contó que ella atendió en su taller a Berta Gardes y que la misma le dijo haber llegado a Montevideo de 17 años y que estando en el Hotel de Inmigrantes con otras dos compañeras de viaje, supo de un aviso reclamando una empleada, de oficio planchadora, en Tacuarembó y que se fue hasta dicha ciudad.

El historiador Ramón P. González, al cual ya hemos citado, dijo que conoció a Berta siendo él un niño, como una *"francesa amiga"* del coronel Escayola —del cual él mismo era pariente— y que ella era *"bastante agraciada y que trabajaba en el cabaret "La Rosada"*. El coronel Escayola será protagonista principal de la historia; digamos por ahora, que era entonces Jefe Político de Tacuarembó, cargo máximo del gobierno departamental.

Carlos Segundo Escayola, nacido en 1901, fue el último hijo legítimo del citado coronel —el postrero luego de una larga lista y de tres casamientos— y reconoció la verdad de los datos subsistentes sobre la vida de esa joven mujer francesa que habitó una casa de la calle 25 de Agosto esquina Treinta y Tres, de la ciudad de Tacuarembó; cuya renta era pagada por su padre.

El Dr. Pedro Baldasarre también dijo que la propia Berta le confesó que *"antes de llegar a Buenos Aires, había estado en el Uru-*

guay". A través de la intervención de dicha mujer en otros episodios significativos, a enlazarse más adelante en la historia, se reafirma esta presencia suya en Tacuarembó. Los testigos son plurales y concordantes; más allá de imprecisión de datos y situaciones, lo que es comprensible dada la lejanía en el tiempo y que allí *"la francesita"* —como se le conocía— no era precisamente notoria por su filiación completa y menos por su relación con quien luego sería su hijo adoptivo y artista famoso. Lo que puede reconstruirse, de acuerdo a los datos e indicios que surgen de testimonios y de las averiguaciones cumplidas, en especial por Erasmo Silva Cabrera, es que ella habría desempeñado allí tres trabajos en forma consecutiva, o simultánea en dos de ellos. Habría estado trabajando a las órdenes del ingeniero Víctor L'Olivier en la empresa minera francesa ya citada, quizás en el pueblo de Minas de Corrales o en la mina *Santa Ernestina*, que era la que más esperanzas había despertado en aquel ingeniero técnico para su explotación intensiva. Berta Gardes atendía allí servicios generales —lavandería, planchado de ropas, etc.— y habría permanecido en aquellos lugares durante un corto lapso. Desde allí habría pasado a trabajar en la cercana ciudad de Tacuarembó, en el frecuentado cabaret *La Rosada*. En este sitio hacía tareas de cocina, limpieza y atención a los clientes. Allí le conoció el coronel Escayola y pasó entonces a trabajar como planchadora en su estancia *Santa Blanca* y en su propio domicilio urbano. Se convirtió pronto en su amante y protegida, desenlace muy de acuerdo a la personalidad del coronel, impenitente proclive a las aventuras sentimentales" (...)

"Pero también se conocieron las relaciones de la joven Berta con otro hombre, de profesión tipógrafo, empleado de la imprenta de un cuñado de Escayola, Clelio Oliva, en el cual editaba y era director del periódico *"El Heraldo"*. Según dice Silva Cabrera en su primera obra, este hombre se llamaría "Romualdo". Sin embargo, son muy difusos los datos que atestiguarían este nombre. Las relaciones sentimentales con tal personaje son, sin embargo, más verosímiles que su propio apelativo. El citado investigador dice que *"...antiguos vecinos de Tacuarembó debían conocer a Romualdo, pues se supo que ella anduvo con ese hombre en las obras de construcción del ferrocarril, en la zona de Tambores y en la Villa"*. (Aquí llegaría el ferrocarril en mayo de 1891). Cita también Silva Cabre-

ra el testimonio de dos maestras de la época, Juana y Olimpia Pintos (esta última directora de la *Escuela Filantrópica* de Tacuarembó desde diciembre de 1899 y cuyo nombre integrá el nomenclator urbano), ambas de reconocido prestigio y probidad, las cuales ratificaron que *"...el marido* (sic) *de la francesa trabajó en la imprenta de Clelio Oliva, el cuñado de Escayola"*.

Tomasa Leguisamo —que era una niña en aquellos años— ha narrado que supo por dichos de terceros que aquella joven mujer francesa quedó embarazada en Tacuarembó, y fue precisamente en el inicio de tal estado que tuvo un grave incidente con otra mujer, a la cual lastimó seriamente. Escayola la protegió de cualquier indagación policial y la hizo viajar a Montevideo. Ocurría eso en 1890 y luego de una muy breve estadía en la capital, habría viajado a Francia. El 11 de diciembre de ese año, nacía en Toulouse, Charles Romuald Gardes, hijo de *"padre desconocido"* (...)

"Esta primera travesía de Berta Gardes al Río de la Plata, precedida de aquel otro viaje a Venezuela, destruye la tradicional versión sobre su vida joven. El regreso a Toulouse y el nacimiento allí de su hijo bastardo —concebido quizás en tierras lejanas— pudo ocurrir precisamente por la búsqueda de protección en el hogar materno, en el cual no podía existir el rechazo o la condena alegados. Sobre todo, queda explicado y justificado el viaje posterior —en 1893— a Buenos Aires, no como una huida o una aventura descabellada o heroica. Allí estaba su amiga Anais Beaux y ya quizás también Odalie Ducasse de Capot —con la cual pudiera haberse reunido primero en Montevideo, en su escala de viaje— y tenía recepción, vivienda y trabajo seguro. Y ya el idioma español no le era por cierto desconocido.

Por lo demás, aquel viaje suyo anterior a Venezuela en compañía de su madre, hace aún más comprensible su viaje muy joven a Montevideo —ciudad que su madre había tenido el propósito de visitar— de acuerdo todo a sus propias declaraciones, demostrando su escaso arraigo por su propio lugar natal y el conocimiento previo de las costumbres y del idioma del nuevo continente. Todo lo cual termina por destruir la leyenda de la ingenua muchacha forzada a lanzarse a una temible aventura transoceánica".

Hay otro personaje principal en esta historia, que será, en de-

finitiva, aquel padre "Carlos", tan tozudamente nombrado por Gardel en todos sus documentos.

El coronel

De nuestro personaje, hemos realizado una semblanza en nuestra obra anterior (págs. 185 y sigs.) que transcribimos:

"Desde el año 1876 y durante tres lustros hasta el año 1890, transcurre en el Uruguay un lapso de gobiernos militares autoritarios que comienza en marzo de aquel primer año, al tomar el poder el coronel Lorenzo Latorre, se continúa con el mandato del general Máximo Santos, desde marzo de 1882 hasta noviembre de 1886, y culmina con el gobierno del general Máximo Tajes, que atenúa el autoritarismo militar, liberaliza el régimen y entrega el poder en marzo de 1890, al final del período constitucional, para dar paso a los gobiernos civiles que se sucedieron en el país desde entonces.

Durante aquellos mismos años, se encumbra en el poder político departamental —especialmente protegido por el general y luego presidente Máximo Santos— nuestro personaje, el coronel Carlos Escayola. La Constitución de 1830 estableció en el país un régimen unitario y centralizado de gobierno; los departamentos (provincias) del interior se gobernaban, en cada una de sus circunscripciones territoriales, por un Jefe Político, elegido directamente por el Poder Ejecutivo —Presidente de la República— y por una Junta Económica Administrativa, de elección popular. El coronel Escayola ocupó ese cargo de Jefe Político desde 1881 hasta 1891, precisamente durante el gobierno santista y luego, hasta el fin del militarismo. En ese ámbito departamental cada Jefe Político reunía una suma importante de poder, pues era, además, el jefe de la policía y, con rango militar superior —como en este caso— tenía influencia sobre las milicias castrenses.

La personalidad del coronel Escayola, además de erigirse sobre las prerrogativas y poderes propios de su cargo, poseía otras cualidades muy singulares, que se superponían a la imagen definida de un militar duro, autoritario y señor de vidas y haciendas.

Había nacido el 23 de octubre de 1845, en Montevideo. Su padre, Juan Escayola, fue un inmigrante español que había nacido en 1818 en Sabadell —Cataluña— hijo, a su vez, de Antonio Es-

cayola y de Narcisa Carayemas, ambos catalanes. Era carpintero y fue a residir a la villa de San Pedro (luego Durazno), capital departamental, la inmediata sureña desde Tacuarembó hacia Montevideo. Este Juan Escayola contrajo matrimonio en 1840, con Bonifacia Medina, que era nacida en la ciudad de Minas entre los años 1816 a 1818. Ella era hija de Manuela Mansilla, de nacionalidad brasileña, de Río Grande del Sur, y de Basilio Medina, oriundo de Cerro Largo, Uruguay.

Del matrimonio Escayola-Medina nacieron cuatro hijos. El primero de ellos, Juan Gualberto, en 1841; luego, Segundo, en 1843; Carlos Félix —el coronel—, en 1845; finalmente, la única mujer, llamada Elodina, en 1847. Juan Escayola Carayemas falleció el 15 de enero de 1851, en Durazno, y Bonifacia Medina, ya anciana, en 1897, en el paraje Laureles del Queguay, en el departamento de Paysandú. En esta zona, precisamente, transcurrieron los años escolares del coronel, que luego se trasladó a la ciudad de Paysandú a completar sus estudios secundarios.

No cursó profesión universitaria, iniciando su carrera militar, que no terminó, recibiendo sólo el grado de Guardia Nacional. Su grado de *"coronel"* lo obtuvo en 1886 por designación directa del presidente Santos. Militó en las filas del Partido Colorado, mientras los demás miembros de su familia militaban en filas del tradicional rival, el Partido Nacional o blanco. Participó en las contiendas civiles de aquellos años, en 1875, en 1886, en 1897 y 1904, aunque nunca destacó como combatiente militar. Integró la Junta Económica Administrativa de Tacuarembó desde 1879 y dos años más tarde fue designado Jefe Político del departamento, cuando era presidente de la República Francisco Vidal, que escasos meses después de electo renunció para permitir el acceso de Máximo Santos al Poder Ejecutivo. El coronel Escayola ejerció el cargo referido hasta 1891, lapso durante el cual ocurrieron acontecimientos fundamentales de nuestra historia gardeliana. Recordemos desde ya que fue durante esos años que transcurrió la estadía de Berta Gardes en Tacuarembó.

La personalidad de Carlos Escayola trasciende de los datos que integran su biografía oficial y de los altos cargos que desempeñó en la administración pública. Ella se conforma plenamente a la luz de su vocación por el arte musical y por el teatro, de sus aventuras amorosas y de su complicada vida familiar. Desempeñó ade-

más, tareas rurales y fue dueño de dos estancias, denominadas *Santa Clara y Santa Blanca* —los nombres de sus dos primeras esposas— que se indicaban como sitios de reclusiones clandestinas de sus enemigos políticos.

Viejas referencias dan fe de su afición por la guitarra y el canto. El diario *"El Comercio"* de San Fructuoso, el 10 de noviembre de 1887, bajo el título de *"Biografía de hombres célebres. Carlos Escayola"*, lo describe así: *"Nació Escayola en el Queguay* (luego se aclararía su nacimiento en Montevideo), *donde pasó su infancia, frecuentando las universidades* (por escuelas) *de los alrededores, tirando el güeso* (juego de taba), *de cuando en cuando, y rascando las cuerdas de una guitarra. A los 13 años era l'enfanté mimé del bello sexo femenino del Queguay, por su belleza y por su habilidad como guitarrista. No había milonga ni pericón conocido, que él no tuviera en la punta de los dedos o de las uñas..."* El historiador Ramón P. González contó a Silva Cabrera: *"El coronel Escayola, al igual que toda su familia, era un entusiasta de la guitarra. En su estancia, en rueda de pericones y gatos que organizaba con sus peones, cantaba versitos con mucho gracejo, acompañándose siempre con su guitarra"*. También ejecutaba piezas con el mandolino y en su propio piano.

Fue, además, un gran aficionado al teatro. Dirigió conjuntos vocacionales en Tacuarembó y participó como actor en algunas representaciones. Esta vocación culminó cuando construyó con su propio peculio un edificio específicamente destinado a realizar espectáculos teatrales y musicales. La construcción fue dirigida por aquel ingeniero francés L'Olivier, que había sido director de la compañía francesa que explotaba las minas de oro. El teatro de gran apariencia externa y comodidad en sus interiores, fue inaugurado con velada de lujo el 31 de mayo de 1891. Era el año en que el coronel abandonaba el poder político, pero alcanzaba en la otra faceta de su personalidad, la realización de uno de sus sueños más queridos: el del teatro propio. En sus escenarios desfilarían con los años los mejores artistas que llegaban al Río de la Plata. En el frontispicio de su fachada se leía el nombre de su creador: *"Teatro Escayola"*. Seguramente allí, el coronel derramó gran parte de su fortuna. Fue un hombre rico, y a su muerte, acaecida en Montevideo en abril de 1915, era pobre y habitaba una modesta casa en la actual calle Yaro. *"Escayola fundió fortunas..."* dijo también su pariente e historiador Ramón González.

Pero no sólo destinó su dinero a sus vocaciones artísticas.

El coronel era un hombre apuesto, de buen porte, muy atildado y cuidadoso en el vestir y en su arreglo personal, pelo negro, grandes y bien cuidados bigotes oscuros, de mirada particularmente incisiva y de gran simpatía cuando se lo proponía, pero agresivo, intolerante con sus enemigos y autoritario, no sólo en el ejercicio de su poder político, sino en el seno familiar. Era proclive a las aventuras amorosas y tuvo gran éxito entre las mujeres de su época. No sólo de su propia ciudad, sino con las artistas visitantes y damas que se cruzaban fugazmente en su vida, en Montevideo y en Buenos Aires. Era generoso con sus amantes y a sus lances galantes destinó, sin duda, otra buena parte de su fortuna. Según mentas de quienes supieron de su vida y milagros, llegó a tener cincuenta hijos naturales. Cierta o no la cifra, la versión acredita la agitada vida sentimental del coronel. En cuanto a los milagros, debió invocarlos muchas veces para lograr la impunidad o la absolución de sus tres esposas —hermanas entre sí— con quienes contrajo sucesivos matrimonios.

He ahí otra cualidad singular del coronel. No es fácil encontrar repetición de una historia matrimonial semejante. Vivía en la ciudad un matrimonio integrado por Juan Bautista Oliva —de nacionalidad italiana; hijo de Marcos Oliva y de Clara Pittaluga— y Juana Sghirla —de nacionalidad argentina, hija de Juan Sghirla y Blanca Balestra—, mujer que gozaba de justa fama por su bello porte. Su marido había sido designado cónsul italiano en Tacuarembó, lo que revela también el gran número de inmigrantes de esa nacionalidad que habitaban la zona. Nacida en 1830, Juana Sghirla contrajo matrimonio con Juan Bautista Oliva en 1849. Este, además de sus funciones consulares, era comerciante, propietario de un importante almacén situado en la calle principal de la ciudad, 18 de Julio, con casa habitación adjunta, lindante con la ocupada después por Carlos Escayola.

Este matrimonio ítalo-argentino tuvo cinco hijos. Las tres hijas mujeres, Clara, Blanca y María Lelia, fueron las tres, sucesivamente, esposas de Carlos Escayola. Los otros dos hijos de aquel matrimonio fueron varones, Juan, agrimensor y Clelio, dueño de imprenta y periodista, director del diario *"El Heraldo"*. Carlos Escayola, luego de sus estudios en Paysandú y de iniciar su carrera militar en Montevideo, se le supone llegado a Tacuarembó, a media-

dos de la década de los sesenta, al cumplir sus veinte años de edad. Aquellas jóvenes hijas del matrimonio Oliva-Sghirla fueron de su predilección. En 1868 contrajo matrimonio con Clara; él contaba con 23 años y ella con 18. La madre de ésta, de 38 años, daría a luz, al año siguiente, a María Lelia, cuyo padrino de bautismo sería, precisamente, Carlos Escayola.

De ese primer matrimonio nacieron dos hijas mujeres, la mayor, Clarita, nacida en 1870 y la menor, Amabilia, en 1871. Amabilia se casaría muy joven con el Dr. Mateo Parisí, hijo de franceses. Clarita se casó en 1888 con su primo Julio Netto, hijo de Elodina Escayola y Gervasio Netto. La primera esposa del coronel falleció en 1871, quedando éste viudo a sólo tres años de haber contraído nupcias.

Carlos Escayola se casó por segunda vez con Blanca Oliva Sghirla en 1873. De este matrimonio tuvo 7 hijos: Natalia, Carlos, María, Héctor, Washington, Blanca y Oscar. El padrino de bautismo de Washington, en 1883, fue el entonces presidente de la República, general Máximo Santos, lo que revela su amistad con Escayola, el cual ya entonces había sido designado Jefe Político de Tacuarembó. Su esposa Blanca falleció el 31 de diciembre de 1886.

Finalmente, en 1889, el ya coronel Escayola contrajo terceras nupcias con María Lelia Oliva Sghirla, a la sazón ya con 20 años de edad. Como era su propia ahijada de bautismo tuvo que solicitar dispensa eclesiástica para casarse con ella. De este matrimonio nacieron seis hijos: Julio César y Juan Carlos, que fueron mellizos, en el año 1889; Celia, en 1891, que luego contrajera matrimonio con Alberto Zufriategui, padres del coronel Carlos Zufriategui, distinguido ciudadano uruguayo, recientemente fallecido; María Lelia, casada con Arturo Meneses; Omar y el menor Carlos Segundo, nacido en 1901, al cual luego haremos especial referencia. Esta tercera esposa del coronel Escayola, María Lelia, falleció en 1905, quedando aquél viudo por tercera vez, a la edad de 60 años.

Desde el año de su primer matrimonio —1868— hasta su definitiva viudez de 1905, Carlos Escayola tuvo, pues, quince hijos legítimos de sus tres matrimonios con las tres hermanas Oliva-Sg-

hirla. En cuanto al destino de este matrimonio, no hay rastros ciertos de su presencia posterior en Tacuarembó o en otra ciudad. Desde que llegó a Tacuarembó, Escayola mantuvo siempre una rara intimidad con sus suegros, al punto de que entre ambas casas lindantes se había abierto una vía de acceso que unía el interior de las dos viviendas. Cuando en 1889 Escayola contrae matrimonio con la tercera de las hermanas, María Lelia, con quien tenía una diferencia de 24 años de edad (él 44 y ella 20), su suegra tendría 59 años y no nos ha sido posible saber si aún vivía. Es factible que una investigación aún no cumplida en torno a la vida y al destino final de este matrimonio, arroje luces sobre las conclusiones finales de esta historia, en cuyas sombras queda la atrayente imagen de Juana Sghirla.

En 1908 Carlos Escayola dejó Tacuarembó y pasó a residir en Montevideo. Lo acompañaron algunos de sus hijos menores y se dice que también una cantante que actuaba en su teatro, Pilar Madorell, que habría sido su último romance estable, la cual había cuidado a sus hijos pequeños al fallecer, en 1905, su tercera esposa. Ese romance continuó algún tiempo más en Montevideo. Escayola falleció en esta ciudad, en abril de1915, en una casa de la calle Yaro 1142, cercana a la costa. Dos meses después debutaba el dúo Gardel-Razzano en el teatro *Royal* de la capital montevideana.

Ya entonces el teatro que él había construido había decaído y a su escenario no llegaban las importantes figuras de antaño. En él nunca cantó Gardel. Un día, ante una propuesta de su amigo Magariños Pittaluga, se negó y le respondió: "*¡Vos sabés por qué no voy!*". Allí se presentó el *Negro* Ricardo, uno de los guitarristas del artista.

La actuación política de Escayola cayó en el olvido y el repudio por su integración a un gobierno militar y autoritario. Triste fin pues, el de aquel hombre que fue rico y poderoso, cantor y guitarrero, vocacional del arte, elegante y conquistador, coronel por gracia y padre de tantos hijos. Fundó respetables familias que de él descienden y que integran la sociedad uruguaya; es el mérito que le sobrevive. Pero más allá de él, le quedaba una gloria que nadie le hubiera podido discutir: la de haber sido el padre de Car-

los Gardel. Resignó ese honor perdurable y el lauro le ha sido desconocido. No por él, sino por su hijo, tratamos ahora de restaurarle esa honrosa paternidad que la presión social y su propio egoísmo le condujeron a desconocer". (1)

Carlitos, el criollo

El escenario de Tacuarembó y sus personajes principales estaban prontos para un gran acontecimiento: el nacimiento del niño que con el tiempo sería Carlos Gardel. Sin embargo, las cosas no ocurrieron con la normalidad de una abierta y proclamada filiación paterna y materna. Todo transcurrió en el ocultamiento, en el secreto, en la intimidad de una relación vergonzante.

Cuando nació aquel niño, fue descastado de padre y madre. En un resto de pudor, su padre, aquel galante y poderoso coronel, conservó su existencia en su próximo entorno y entregó el fruto de su relación con una madre recluida en sombras, a una modesta empleada de su estancia "Santa Blanca". Allí, en la cumbre pétrea y ventosa de la cuchilla de Haedo, al noroeste del departamento de Tacuarembó, asistida la madre por partera de confianza, habría llegado al mundo Carlos Gardel. La fecha puede ser aún dudosa, pero le fue asignado un 11 de diciembre, o el propio Gardel lo tomó así, como fecha cierta, cuando se inscribió como tacuaremboense en el consulado uruguayo en Buenos Aires.

Creció el niño en aquel áspero paraje, primero al cuidado de Manuela Casco, aquella doméstica rural, y luego en las manos de aquella Berta Gardes, de confianza y predilección del coronel. La tradición oral, tan firme como aquellas piedras del suelo natal, dice que por aquellos pagos se le conocía como "el gauchito de Escayola", sin nombres y apellidos registrados en oficinas públicas ni juzgados.

Casado en aquellos días con su segunda esposa, Blanca Oliva, por imperio legal no podía el coronel reconocer a tal hijo por ser

(1) En esta transcripción se corrigen algunos errores de la 1ª edición del libro "Carlos Gardel. Páginas abiertas" (pág. 188), en cuanto al número y denominación de los hijos legítimos del coronel Escayola, sobre lo cual ya advertimos en el prefacio a la 2ª edición.

casado, y tampoco por imposición moral y familiar hubiera podido reconocerlo su madre. Fue, pues, un indocumentado cabal y si algún nombre y apellido de fantasía le fue impuesto en alguna parroquia católica, en caso de recibir el sacramento del bautismo, la ubicación de tal acta inscripcional tan buscada se ha convertido obviamente en tarea inútil. Mal pueden entonces los negadores del Gardel criollo exigir una prueba que es imposible proporcionar, al menos en este preciso momento de las investigaciones.

Nada se conoce de aquellos primeros años del niño en Tacuarembó. Ya situamos en 1890 a Berta, saliendo de regreso de aquellos pagos hacia Montevideo. Oportunidad propicia para que el coronel Escayola alejara de su lado a esa carga molesta en su vida, testimonio de un insano deseo. Es lógico suponer que su entrega definitiva a Berta convirtiera a ésta en su madre adoptiva, de hecho y no de derecho, pues ella no reunía las condiciones imprescindibles para adoptar al niño, de acuerdo a las normas legales vigentes.

En Montevideo habría quedado ese niño cuando Berta viaja a Toulouse, donde nacerá meses más tarde su hijo Carles Romuald. Queda en esa época un rastro fundamental de la presencia de quien seguramente se llamaría ya "Carlitos" y de alguna forma, un apellido inventado. Es la asistencia a una escuela montevideana, cuando se debe suponer a aquel niño con 6 o siete años de edad, según hemos de referir más adelante, al posible año de nacimiento.

Fue una invocación constante en el Gardel adulto su asistencia a una escuela del barrio sur montevideano. Los testigos de esos recurrentes recuerdos son insospechables y fueron sus mejores amigos. Entre ellos, Alfredo Frigerio, que contaba la nostalgia de Gardel al decirle una vez: "Esperá Alfredo, vamos a dar unas vueltas por tu barrio (él vivía al sur, en Maldonado y Convención) que me trae tantos recuerdos...". Y en otra morosa caminata similar saliendo del viejo "Tupí Nambá" hacia el sur (era el año 1930), Gardel dijo a su otro amigo Dr. César L. Gallardo: "Por aquí fui a una escuelita ¿estará todavía el edificio?", al cual no pudieron ubicar. Estas y otras anécdotas, como la que cuenta de un descenso solitario de un automóvil que dejó detenido en la esquina de Isla de Flores e Ibicuy, caminando solo y despaciosamente hasta el conventillo "Medio Mundo" para volver conmovido al encuentro de

sus amigos, aseguran la verdad de una estadía infantil del artista en ese barrio sur montevideano, Como factor adicional sugerente, cabe decir que en aquel conventillo vivía por entonces María Escayola, hermana del coronel, que según cuentan amigos y vecinos sufrió intensamente la muerte de Gardel.

Todo esto une necesariamente los recuerdos y nostalgias suyas a un documento gráfico ya referido: la fotografía de aquel grupo escolar de niños varones, en la cual figura Gardel niño, de acuerdo a propias declaraciones de Berta Gardes. No se trata de aquellas escuelas mixtas bonaerenses de 1897 y 1899. De acuerdo a estudios emprendidos, el documento gráfico dataría de 1893 y habría sido logrado, precisamente, en una escuela montevideana.

En resumen, podrán los detalles alterarse, pero no nos caben dudas que, efectivamente, nuestro Carlitos criollo asistió a una de aquellas escuelas de nuestro barrio sur montevideano que con tanto ahínco y nostalgia tratara de ubicar.

"Aquí viene a cuento una anécdota ocurrida en torno al tango *"Isla de Flores"*, que cantó Gardel, de música y letra de Arturo Sénez y Román Machado, respectivamente. Cuenta este último la forma por demás significativa en que llegó ese tango a manos del cantor: *"Enviado a Buenos Aires fue editado por la casa Perrotti y convenida su grabación con el cantor Ignacio Corsini. Así constaba en la carátula. Pero en esos días arribó a Montevideo José Razzano buscando obras de autores uruguayos para Carlitos, como lo hacía periódicamente. Al informarle el hecho, reaccionó exclamando con viva impaciencia: "¡Isla de Flores! Pero eso es para Carlos: ¡Cómo se va a poner cuando se entere de que será cantado por otro! ¡Yo tengo que arreglar este asunto!"* Y cuenta Machado que Razzano regresó a Buenos Aires, donde Corsini fue sustituido por Gardel en la ejecución del hermoso tango, hecho que dada la amistad muy franca que existía entre ambos no ofreció dificultades" (Del libro ya citado del autor, pág. 231).

Un día, Gardel llega a Buenos Aires. Ya vimos que quienes lo creen el Charles Romuald de Toulouse, lo hacen arribando en el vapor "Don Pedro", en compañía de Berta Gardes y desde Burdeos. Quienes creemos en el Carlitos criollo guardamos otra historia. Es la que nos cuenta que habría llegado a Buenos Aires quizás también ese mismo año, meses después, a impulsos del propio Carlos Escayola, que continuaba empeñado en alejar a aquel

niño y que para efectivizar el cumplimiento de tal propósito entregó tres mil pesos oro de la época a Berta Gardes, por intermedio de su yerno Dr. Mateo Parisí, esposo de su hija Amabilia. Es sugerente que justamente por aquel preciso tiempo —marzo de 1893— Carlos Escayola haya hipotecado una de sus propiedades en idéntica suma. De este episodio existen también otros testigos verosímiles. Habría prometido, por demás, ayuda económica permanente para su hijo en Buenos Aires.

Solo o acompañado, Carlitos retornó a Tacuarembó y Montevideo, según también ya relatamos, en el último año del siglo. Y al reencuentro con Berta en Buenos Aires, se produce otro hecho sugerente y coincidente con aquellos hechos: el ingreso del escolar "Carlos Gardes" al colegio Salesiano en abril de 1901 como artesano y luego como "estudiante" en 1902. En definitiva, creemos que este alumno ya no era Charles Romuald, sino ese Carlitos criollo. Se podrá argumentar que a sus posibles 16 años no parecía lógico. Pero no debe olvidarse que precisamente la congregación salesiana procedía a recoger en sus aulas adolescentes en situaciones de relación familiar y social difíciles.

Recordemos las palabras de nuestro sacerdote informante: Berta Gardes "no podía con su vida" y ya "era un mocito" cuando ingresó a las aulas salesianas. Y otra vez volvemos a una cuestión ya reiterada: ¿por qué en las actas de inscripción Berta no documentó ni la nacionalidad, ni la fecha de nacimiento de aquel alumno? Finalmente, las notas y la conducta del mismo dicen relación directa con el adolescente y el niño abandonado a la miseria, a la omisión de asistencia, al desarraigo familiar, el vagabundaje, que rodeó la vida de nuestro Carlitos criollo.

"¡Qué purrete desgraciado que fui yo...!", fue una expresión espontánea del artista triunfante, que da fe de aquellas desgraciadas realidades.

Y es al egreso del colegio Salesiano, antes de finalizar 1902, cuando comienza su incipiente carrera artística. Con dos años más llegará a ser ya "El Melenas" y luego, veinteañero, "El Morocho del Abasto", y se conocen sus peregrinajes por los cafés, teatros, comités políticos y fiestas de amigos de Buenos Aires.

Luego, una parálisis sorpresiva: no hay rastros del Gardel joven en Buenos Aires en un espacio de tiempo que abarca los años 1905 hasta promediar 1907. ¿Qué pasó entonces?

Hay una explicación plausible, no aceptada por cierto por quienes desean ver a un Gardel incontaminado y dechado de virtudes humanas. Sabemos que no es así. En sus correrías adolescentes tuvo problemas con las autoridades policiales. No nos extenderemos en reproducir aquí testimonios coincidentes de sus problemas de conducta; son, evidentemente, ciertos. Y todo culmina quizás en aquel 1905, con un hecho de gravedad, que así narramos en nuestro libro, ya citado (págs. 77 y 78):

"En febrero de 1907, viajan hacia Buenos Aires, desde la prisión sureña de Ushuaia, varios militares que habían participado en un complot fracasado contra el gobierno argentino del presidente Quintana en febrero de 1905. Habían sido amnistiados por el posterior gobierno de Figueroa Alcorta, en mayo de 1906. Entre los liberados figuraba el oficial Eduardo Villanova, el cual formuló años después el relato que sigue, que fuera publicado y nunca desmentido por él ni por sus hijos, uno de los cuales también ha sido alto oficial del ejército argentino.

Durante la travesía de aquellos liberados, realizada en el vapor *Chaco*, desde el sur hacia Buenos Aires, se animaban reuniones con guitarra y canto, y uno de sus protagonistas, como artista aficionado, era el oficial Villanova. Lo secundaba un hombre joven, buen cantor, dotado de armoniosa voz; Villanova lo ha identificado claramente como Carlos Gardel. De acuerdo a sus conversaciones, volvía también éste de la fría penitenciaría del sur argentino, luego de cumplir una condena.

Al llegar al Río de la Plata, los compañeros de travesía entregaron al oficial Villanova una tarjeta de recuerdo y de reconocimiento, con la siguiente leyenda, que refleja una anécdota del viaje: *"Al Sr. Villanova, intrépido marinero de la costa del Sud, que atravesó al Cabo de Hornos y se mareó en el Río de la Plata"*. La fecha puesta en ese recordatorio es la del 21 de febrero de 1907 y entre las ocho firmas que lucen al pie, una de ellas es la de Carlos Gardel. Los rasgos escriturales de lo que sería su firma posterior, de caligrafía adulta, ya aparecen claramente formados en esta firma de joven. Ella brinda, además, una conclusión muy sugerente; en ella el cantor ya se documenta como *"Gardel"*, dejando atrás el *"Gardes"* o *"Gardés"* de sus años de infancia y de primera juventud.

Para otorgar mayor verosimilitud a este episodio, cabe agregar que en el año 1933, Villanova visitó a Gardel en el camarín del ci-

ne-teatro *25 de Mayo*, de Villa Urquiza, en compañía de su hijo Eduardo —que no desmintió este hecho y que era entonces teniente coronel del ejército argentino—, rememorando aquel conocimiento mutuo de tantos años atrás.

En cuanto a los hechos que habrían provocado la posible prisión de Gardel, nada se sabe de modo terminante. El mismo habría confiado a Villanova que su condena se había originado en su participación en una riña entre varias personas, a raíz de la cual había resultado muerto un hombre que él ni siquiera conocía. Obviamente esa participación en riña colectiva —y aunque aquélla fuera secundaria— con producción de muerte o lesiones graves, era pasible de pena y, en el caso, de penitenciaría, con un mínimo de tres años. La buena conducta carcelaria podía acortar la pena en un tercio, lo que pudiera coincidir con el posible lapso de su reclusión de 2 años o muy poco más, entre fines de 1904 o inicios de 1905 y su libertad en 1907.

Otra posibilidad que ha sido mencionada es la de su envío a Ushuaia por reincidente. Una ley penal vigente entonces castigaba con tal reclusión en el sur a quien hubiera cometido dos delitos anteriores y cometiera otro en reincidencia, aunque todos ellos no fueran graves. Esto supone en aquel joven Gardel una peligrosa habitualidad en una vida irregular con desviaciones al margen de la ley". (...)

"Del hecho narrado resulta una lógica conclusión con respecto a la edad de Gardel. Obviamente no podía ser quien volvía de Ushuaia, aquel Charles Romuald del acta de Toulouse de 1890. Si bien no existía en la legislación de la época un límite rígido de imputabilidad a partir de los 18 años, de todos modos para procesar por delito a un menor de esa edad, deberían existir dictámenes periciales y forenses previos sobre sus aptitudes mentales y físicas y sobre sus inclinaciones delictivas que posibilitaran al juez condenarlo. Pero además, el cumplimiento de la pena, en tales supuestos, no podía tener lugar en la penitenciaría de Ushuaia. No es posible pensar, pues, un adolescente de 14 o 15 años implicado en aquella condena y reclusión. Menos aún si se tratara de un condenado en reincidencia delictiva. Importa aún más decir que el propio oficial Villanova atribuyó a aquel joven Gardel que él conoció en el vapor *Chaco*, 23 años de edad. Este dato, según él mismo lo dijo, le había sido confesado por el propio cantor com-

pañero de viaje".

Pero al regresar, Gardel no retornó a su actividad artística en Buenos Aires, no hay ningún rastro de la misma, como no sea la falsificación posterior de fechas y años que hacen varios biógrafos del artista, postdatando hechos y fotografías para adecuar los sucesos a una correlación cronológica que adecue la edad de Gardel a aquel nacimiento francés de 1890. Tarea triste y vana.

Ocurre que entre 1907 y 1910 (cuándo regresa a Buenos Aires), Gardel se ausentó para el Uruguay y se le reconoce trabajando y cantando otra vez en Tacuarembó y Montevideo. Así lo decíamos:

"Durante el año 1907 y los inmediatos a él, no se tienen rastros de Gardel en Buenos Aires. En cambio sí existen datos verídicos de pasajes suyos por Tacuarembó y por Montevideo. El alejamiento de la capital porteña es explicable —si no fuera por una posible deportación forzosa— a fin de evitar nuevas complicaciones con la policía y la justicia argentinas.

En Tacuarembó se le reconoce cantando en el café de Pedro Correa —de la ciudad capital— y en otros sitios rurales de ese departamento y del vecino Paysandú. También existen referencias de sus amoríos con dos mujeres de aquellas zonas, Laura Medeiros, en Queguay y Celia Velázquez, con la cual habría continuado sus relaciones en Montevideo. Tomasa Leguisamo relata que ella lo visitó en la casa de una persona llamada Juan Puig, en Valle Edén, y que en tal ocasión concurrió acompañada de su propio hijo adoptivo, Irineo. En tal momento preciso —sería ya en 1907— se habrían conocido, pues, los después famosos ídolos populares Carlos Gardel e Ireneo Leguisamo, que era entonces, presumiblemente, un niño de muy corta edad, pues se le reconoce nacido entre 1902 y1903.

En Montevideo también se le recuerda cantando en cafés del barrio sur, en años que se ubican entre 1907 y 1909. El escritor Nelson Bayardo, al efectuar una relacion cronológica de la vida del cantor dice: *"1908. Regresa a Montevideo y vive en el conventillo de la calle Daymán 299 (hoy Julio Herrera y Obes 1071), alojándose en una pieza situada frente a la única canilla existente; por tàl hecho le apodan "el morocho de la canilla", según testimonia su gran amigo Lorenzo Bicain en repoitaje efectuado por la revista "Noticias", Buenos Aires, año*

I, Nº 2 (1976). Trabajó de peón electricista en el edificio de la "Mutua", donde hoy se encuentra "ONDA" (empresa de ómnibus). Es habitual comensal de la fonda ubicada en Soriano e Ibicuy y canta en cafetines del barrio Sur y Palermo. Hace incursiones a Tacuarembó, donde el director del Museo del Indio, Sr. Washington Escobar, dice recordarlo cantando en el café del Sr. Pedro Correa".

Hasta aquí estas referencias del citado autor, las cuales coinciden, en lo fundamental, con las de Erasmo Silva Cabrera, acerca de aquella estadía de Gardel en Uruguay, que si bien es real, no es muy fructífera en más datos firmes sobre la vida del artista. Sus actuaciones en lugares públicos como incipiente cantor —seguramente de temas camperos— le permitirían una modesta subsistencia que habría complementado con trabajos temporales en algunas empresas, como en aquel edificio en construcción en la Plaza Libertad y, quizás, en el Hipódromo de Maroñas".

Cuando en 1910 regresa a Buenos Aires, se produce otro reencuentro con Berta Gardes. Esta, en una de sus entrevistas periodísticas dijo que durante una separación de varios años lo "había creído muerto". Sin embargo, también reconoció que lo sabía en el Uruguay, pero por cierto no fue en su búsqueda. Lo que revela una frialdad de relaciones que no se condice con el alegado amor filial por su supuesto hijo.

Poco después de este regreso, Gardel ya ha perfeccionado su arte; canta consciente de que debe obedecer a su inquebrantable vocación. Es el momento de su encuentro con José Razzano, con quien emprenderá el esforzado camino hacia el éxito, que obtienen al poco tiempo en unas celebradas veladas del cabaret "Armenonville", donde noche a noche se reúnen los amigos de la noche porteña y los señoritos de buena familia. Y aparece promoviendo a Gardel, por un amor cierto pero sin destino, una bella mujer francesa llamada "La Ritana", con quien el artista mantiene una situación conflictiva que lo arriesga otra vez al mundo del hamponaje porteño, aunque logra al fin eludir los peligros mayores de tan dudosas relaciones. No podía perder la fama que pronto lo esperaba.

Los años y la pinta

Para corroborar la verdadera identidad del artista, queda por

hacer una recorrida de hechos y testimonios que hacen definitivamente imposible coincidir su nacimiento con aquella fecha de Toulouse de 1890, cuando nace Charles Romuald, dada la posible edad del Gardel joven y adulto. Confirmamos ya que cuando adolescente —entre 1902 a 1904— su edad ronda entre 18 a 20 años de edad. Ya no encaja en aquel natalicio de Toulouse. Su año documental de nacimiento fue 1887, que reitera varias veces.

Transcribimos otra vez de nuestra propia obra:

"Pero aún falta más por decir, para situar a Gardel, años atrás en el tiempo, y para configurar mejor los argumentos de quienes lo sostienen nacido aún antes de aquel año documental de 1887. Ya hemos descubierto bastantes hechos de significación que parecen corroborar esta tesis. Pero además de todos los datos que hemos ido relacionando, referidos a la propia vida del niño y del joven cantor, existen otras referencias testimoniales, orales y escritas, recogidas en reportajes periodísticos, que permiten fundamentar más sólidamente la imagen del Gardel anterior a 1887.

Tomasa Leguisamo dijo que Gardel era nacido un año después que ella (1881), es decir en 1882. El amigo íntimo y apoderado del artista en Montevideo —cuya familia fuera vecina de aquél en la calle Corrientes, en Buenos Aires— Pedro "Perico" Bernar, afirmó en una nota periodística de su autoría, al día siguiente de la muerte del cantor (diario *"La Mañana"*, 25/junio/935): *"...había nacido en la segunda sección judicial del departamento de Tacuarembó. Fallece a los 52 años"*. Ese mismo día, el diario argentino de la ciudad de La Plata, *"El Día"*, dijo: *"Sus amigos dicen que pasaba el medio siglo"*. En la misma fecha, escribe el diario argentino *"La Nación"*. *"...Amigos íntimos de la infancia aseguran que se quitó unos años"*. Y otro diario argentino, *"Noticias Gráficas"*, dijo el 24 de junio de 1954, al pie de una foto del cantor: *"Siempre creímos que tenía 45 años al morir, pero documentos hallados posteriormente revelan que había nacido en 1884. Vale decir que tendría entonces 51 años". (...)*

"Hugo Mariani, músico uruguayo, violinista y director de la orquesta sinfónica de la *National Broadcasting Corporation*, fue quien impulsó a Gardel a viajar a Nueva York para realizar audiciones en aquella radio. Fue en setiembre de 1933 que lo conoció en Buenos Aires y en esos días le comprometió una contratación para actuar en Estados Unidos. Mariani escribió cuatro notas para el diario argentino *"Clarín"*, aparecidas los días 24, 27, 29 y 30 de

junio de 1949, tituladas: *"Cuando Gardel fue a conquistar la Meca del Cine"*. En la primera de dichas notas, narra su última entrevista con el cantor, en Buenos Aires, con quien ajustaba los detalles de su actuación en la N.B.C. y reproduce el siguiente diálogo entre ambos: *"—Una cosa muy importante quiero preguntarte. —Dále nomás, me contestó El Morocho. ¿De qué se trata?. —De la edad... ¿Cuántos años tenés —49 (respuesta de Gardel). —Bueno, Carlos, en Nueva York tendrás 39. —¿Diez de un saque? apuntó Gardel ¡que bolada!"*. Y dice Mariani en su nota: *"Había comprendido muy bien. Y agregó: —Muy bien Mariani, tengo 39"*.

Francisco Martino fue el primer cantor que actuó a dúo con Gardel, aún antes de que lo hiciera José Razzano. Siguió manteniendo relaciones con él a través de muchos años. Pocos días después de la muerte de Gardel, lo entrevistó el diario *"La Nación"* de Buenos Aires, al siguiente tenor: *"¿Cuándo lo vio por última vez?" —Lo fui a despedir cuando partió para Estados Unidos. Poniéndome una mano en el hombro me dijo unas palabras que ahora más que nunca las recuerdo, ya que adquieren en estas circunstancias un sentido que impresionará al más descreído. Era como el presentimiento de la muerte cercana. El me dijo: Fijate vos, Pancho, yo haciendo de galán a los cuarenta y siete años. Pero todo tiene que ser..."* (Martino se refería a la última partida del cantor de Buenos Aires, en noviembre de 1933).

Manuel Sofovich, periodista, amigo de Gardel y que estaba con él en París durante su estadía en esa ciudad, antes de partir para Nueva York, cuenta al diario argentino *"Noticias Gráficas"*, en entrevista publicada el 9 de septiembre de 1953, de la fiesta de cumpleaños y despedida ofrecida al artista: *"Y fue el 19 de diciembre de ese año 1933, cuando una gran admiradora del cantor, la señora Blackfiell* (este nombre es erróneo) (...) *reunió a un reducido grupo de amigos en una cena que se sirvió en el famoso Café de París"* (Armando Defino también se refiere a esa cena) (...) *éramos trece comensales (...) se comía muy bien y se bebía mejor. Carlitos nos cantaba con su mejor emoción más pura (...) en un descuido de los demás me llevó abrazado Carlitos hasta un rincón (...) Pibe, me dijo con su afectuosa manera ¡son cuarenta y nueve años! ¿Te das cuenta lo que es cumplir cuarenta y nueve?"* Y agrega Sofovich: *"sus cinco amigos argentinos* (Le Pera, Defino, Castellanos, Pettorosi y el mismo Sofovich), *en un aparte fraternal, brindamos con un "Gran Napoleón", por los juveniles 49 años de Carlitos Gardel"*.

Estas tres citas ya las había incluido muy brevemente Silva Cabrera en su primer libro, pero Nelson Bayardo las transcribe en su texto total y literal y presenta las fotocopias de los diarios respectivos. De tal valiosa documentación extraemos estas versiones y compartimos con el autor sus conclusiones, para ratificar la significación de estos testimonios: *"Se trata de tres testigos diferentes (...) sus declaraciones fueron hechas a tres diarios argentinos diferentes (...) y en fechas muy dstintas entre sí (...) lo cual invalida la presunción de un eventual acuerdo para violentar la verdad. Además, en ninguno de los tres casos se habla para nada de nacionalidad del cantor"*.

Coincidente con el último testimonio citado de Manuel Sofovich, es el de José María Silva, que era el fotógrafo de *gabinete* de Gardel en Montevideo. Sus dichos provienen de una entrevista realizada por el diario uruguayo *"La República"*, el 24 de junio de 1988; Silva tenía entonces 91 años de edad. Y recuerda con frescura: "*en el año diecisiete, no sé por qué causa, cayeron a retratarse Razzano y Gardel*" a la casa de fotografía donde él trabajaba. Afirma que en ocasiones Gardel viajaba expresamente a Montevideo para que él lo fotografiara, ante las necesidades profesionales del cantor. *"De las últimas que yo le saqué, que son del año treinta y tres, me encargó cien copias de dieciocho por veinticuatro, a un peso cada una, me acuerdo como si fuera hoy..."* Y continúa el diálogo: "*—¿Lo maquillaba? —¡No, no, no! Todo completamente natural. —Y en la foto, ¿no había un retoque posterior? —Ah, sí... Eso sí: se retocaba, pero no la foto, sino el negativo... para sacar las arrugas*". Y así llega lo que más importa: "*—¿Qué edad tenía Gardel en esas últimas fotos tomadas por usted en el treinta y tres?*". Y responde el entrevistado sin otra consideración:

"*—Cuarenta y nueve años tenía...*" (...)

"He ahí algunos ejemplos, entre otros varios, de valiosos testimonios que atribuyen a Gardel distintos años de nacimiento, anteriores a 1887, que oscilan entre 1883 y 1886. El investigador Erasmo Silva Cabrera cree a Gardel nacido en 1882 y Tabaré Di Paula lo sitúa en 1884. Y también nosotros.

Lo cierto es que nadie, con algún documento a la vista, podía asegurar con certeza la edad de Gardel durante su vida. Y el enigma se alarga y se complica luego de su muerte. Recordemos que cuando Gardel obtuvo sus primeros documentos conocidos y dijo ser nacido en 1887, no consta que haya exhibido ningún acta

civil de nacimiento, ni uruguaya, ni francesa. La uruguaya, porque no la tenía ni podía obtenerla, ya que su nacimiento no consta anotado en ninguna oficina de registro civil de Uruguay; la francesa —si era efectivamente Charles Romuald Gardes porque simplemente no quiso exhibirla o porque no la tenía consigo, lo que resulta inexplicable teniendo muy cerca suyo a Berta Gardes, quien sí la tenía en su poder. En tal caso, además resultaría inexplicable que sabiéndose nacido en 1890, se hubiera sumado años a los suyos propios, diciéndose nacido en 1887.

Cae, en cambio, dentro de lo probable que se los haya quitado hata el límite de lo razonable, en correspondencia con su aspecto físico. Tal probable decisión de 1920, que no escapa a lo común y corriente en el medio artístico, resulta más factible en el caso de Gardel, tan cuidadoso y atildado en su modo de vestir, en la mejoría de su figura y siempre vanidoso de su *pinta*, que adornaba con una permanente joven sonrisa. En realidad, Gardel aparentó durante muchos años, con la complicidad de esa ancha sonrisa, de su pelo oscuro, sin canas y siempre bien peinado, y de sus buenas *biabas* —como él mismo llamaba a sus exigentes ejercicios físicos para mantener su peso y figura—, menor edad a la real. Su tendencia a engordar era una tortura para él; sobrepasó los 100 quilos en varias etapas de su vida. Y le habían advertido que en el cine norteamericano los galanes *cincuentones* carecían de éxito. La cuestión del cuidado de su imagen física era, pues, de suma importancia para su vida artística.

Se explican así las transformaciones de su aspecto o apariencia exterior, que se producen en los últimos años de su vida. Fue un sorprendente rescate de los años idos, una real carrera contra el tiempo que incita a un detenido estudio de la iconografía gardeliana.

En este nuevo camino, aparecen inicialmente dos dificultades que complican el análisis. Una radica en que durante toda su vida, por lo que ya viene de decirse, Gardel representó menos edad a la que todos suponían, incluso dándolo como nacido en 1887. El lo decía con ironía y buen humor: "*¡Soy un fenómeno, ché!*". Era el hombre de esa *"permanente"* o *"milagrosa"* juventud a que aluden sus biógrafos. Otra dificultad deriva de los arreglos o maquillajes sobre su rostro que le imponían en los sets cinematográficos y que transformaban su imagen.

civil de nacimiento, ni uruguaya, ni francesa. La uruguaya, porque no la tenía ni podía obtenerla, ya que su nacimiento no consta anotado en ninguna oficina de registro civil de Uruguay; la francesa —si era efectivamente Charles Romuald Gardes porque simplemente no quiso exhibirla o porque no la tenía consigo, lo que resulta inexplicable teniendo muy cerca suyo a Berta Gardes, quien sí la tenía en su poder. En tal caso, además resultaría inexplicable que sabiéndose nacido en 1890, se hubiera sumado años a los suyos propios, diciéndose nacido en 1887.

Cae, en cambio, dentro de lo probable que se los haya quitado hata el límite de lo razonable, en correspondencia con su aspecto físico. Tal probable decisión de 1920, que no escapa a lo común y corriente en el medio artístico, resulta más factible en el caso de Gardel, tan cuidadoso y atildado en su modo de vestir, en la mejoría de su figura y siempre vanidoso de su *pinta*, que adornaba con una permanente joven sonrisa. En realidad, Gardel aparentó durante muchos años, con la complicidad de esa ancha sonrisa, de su pelo oscuro, sin canas y siempre bien peinado, y de sus buenas *biabas* —como él mismo llamaba a sus exigentes ejercicios físicos para mantener su peso y figura—, menor edad a la real. Su tendencia a engordar era una tortura para él; sobrepasó los 100 quilos en varias etapas de su vida. Y le habían advertido que en el cine norteamericano los galanes *cincuentones* carecían de éxito. La cuestión del cuidado de su imagen física era, pues, de suma importancia para su vida artística.

Se explican así las transformaciones de su aspecto o apariencia exterior, que se producen en los últimos años de su vida. Fue un sorprendente rescate de los años idos, una real carrera contra el tiempo que incita a un detenido estudio de la iconografía gardeliana.

En este nuevo camino, aparecen inicialmente dos dificultades que complican el análisis. Una radica en que durante toda su vida, por lo que ya viene de decirse, Gardel representó menos edad a la que todos suponían, incluso dándolo como nacido en 1887. El lo decía con ironía y buen humor: "*¡Soy un fenómeno, ché!*". Era el hombre de esa "*permanente*" o "*milagrosa*" juventud a que aluden sus biógrafos. Otra dificultad deriva de los arreglos o maquillajes sobre su rostro que le imponían en los sets cinematográficos y que transformaban su imagen.

Sobre las fotografías que lo muestran de niño o de joven ya hemos sacado nuestras conclusiones, algunas de ellas de decisiva trascendencia para fundamentar nuestras tesis. Luego, cuando comenzó su actuación artística en dúo con Razzano, de las fotografías conjuntas de ambos o del cotejo de las mismas, se podría concluir que este último, más serio en su forma de ser o de parecer, sin la sonrisa y la simpatía de Gardel, parecía de mayor edad que la de éste cuando no lo era así en la realidad.

Desde aquellos primeros años de sus actuaciones artísticas profesionales, hasta su consagración, a mediados de los años veinte del siglo, Gardel luchó denodadamente contra su tendencia a engordar y bajaba y subía alternativamente de peso. En los años finales de esa década, había engrosado nuevamente y ya su rostro marcaba la superación de los cuarenta años de edad, como él mismo lo confiaba en sus cartas a Razzano.

Obviamente, para determinar con mayor exactitud la posible edad de una persona a través de sus imágenes es necesario determinarla por sus poses más espontáneas y naturales. Son reveladoras en tal sentido, dos fotografías de sus últimas actuaciones en radio, en Montevideo, cuando visita por última vez esta ciudad, en octubre de 1933, que lo presentan con un hombre ya lindante en sus cincuenta años de edad. Más evidente se hace tal conclusión en su imagen —sin sonrisa, sin afeites, sin pose de artista— obtenida en la playa *La Mulata*, muy cercana al lugar donde había adquirido sus terrenos en la costa montevideana, que data de ese mismo mes. Y aun en la foto retocada de J. Silva.

Al llegar a Nueva York la transformación sorprende. Es un verdadero salto hacia atrás en busca de una juventud que ya se perdía. Las exigencias cinematográficas imponen una imagen juvenil, la del galán de sus películas en la *Paramount*: aquellos diez años menos de la propuesta de Hugo Mariani. Hay quien ha dicho que se practicó por entonces la cirugía estética en Nueva York o en un viaje que realizó a Francia —cuando ya residía en aquella ciudad y para el cual no hay una explicación convincente—, lo que ocultó muy cuidadosamente en aquel momento. Pero este hecho no ha podido ser confirmado por datos verosímiles. Creemos mejor en las milagrosas transformaciones que producen los maquillajes y arreglos de los técnicos en el rostro de los

actores, sobre todo en aquéllos a quienes se desea imponer como galanes. Ello, unido a la férrea voluntad de Gardel para mantener su buena apariencia, con recursos de ejercicios físicos y dietas que extremó en Nueva York, provocaron aquella transformación juvenil de su imagen.

Pero en sus últimas fotos, ya sea con una sonrisa menos impostada, o serio, con gesto adusto, sin los maquillajes de los "sets", obtenidas precisamente antes de su viaje fatal, se revela el Gardel de cincuenta años que ya era. Son imágenes finales que no dejan dudas al respecto (...)

"He aquí un resumen de nuestras conclusiones. *Primero*: Gardel no puede ser nacido en 1890, ello nos resulta terminante. *Segundo*: tampoco nos resulta posible aceptar su nacimiento en 1887, porque todos los elementos probatorios aportados no guardan una correlación normal con ese año. *Tercero*: creemos que la hipótesis más factible de ser cierta, es la que lo sitúa como nacido entre 1882 a 1885. De este lapso, hemos dado nuestra opción por el año 1884 y siguiendo el dato tradicional muy difícil de desvirtuar, el mes de diciembre, como la fecha más factible para fijar el nacimiento de nuestro artista.

No hemos de volver a repasar los fundamentos de nuestra conclusión; ellos han sido relacionados profusamente en nuestro relato y seguramente habrán sido advertidos por los lectores. A través de ellos, esa elección del año 1884 no resulta por cierto arbitraria, aunque otros datos y testimonios pudieran tentar a elegir un par de años atrás para fijar el nacimiento, tal como opina Erasmo Silva Cabrera, que lo fijó en 1882. Pero a despecho del respeto que nos merece esa opinión, creemos que la nuestra se ha respaldado en otros datos nuevos y más auténticos, en una mejor interpretación de los numerosos indicios aportados por dicho autor, en los testimonios más espontáneos de terceras personas, en los dichos más veraces del propio Gardel, vertidos en las ocasiones más propicias para decir su verdad (recordemos la cena de despedida en París, en 1933, también festejo de su cumpleaños, cuando dijo cumplir 49 años), y en las más lógicas y razonables correspondencias entre sus imágenes fotográficas y la edad que pudiera tener en las fechas aproximadas de sus registros. De todo

lo cual resulta que a su muerte en Medellín, su edad sería la de cincuenta años y poco más de seis meses de edad, coincidente, por lo demás, con tantos testimonios póstumos".

Los dichos de Gardel y de otros

Queda por referirnos a las conclusiones que pudieran extraerse de las propias declaraciones de Gardel, en varias entrevistas periodísticas o dichos a sus amigos, veraces y creíbles como tesigos. A través de este recorrido podremos tener otro elemento de convicción para determinar el discutido origen del cantor.

Desde las primeras páginas de esta obra pusimos de manifiesto que fue el propio Gardel, con sus reticencias y su rechazo a dar cuenta de sus pensamientos y sentimientos más íntimos, quien alimentó los misterios que rodean su personalidad.

Ante periodistas y amigos, lanzó versiones sobre su vida y sobre su origen natal que muchas veces desconciertan y dejan perplejos a sus interlocutores. Como cuando a un periódico de Puerto Rico dijo: "Soy porteño, como dicen en mi país. Nací en Buenos Aires y no quiero recordar la fecha", agregando otras perlas como las siguientes: "Estuve en Francia a principós del 20 (...) estuve catorce años, casi todo el tiempo en París (...) tenía mi propio cabaret, el Florida", y otras "boutades" por el estilo.

Más allá de tales inventos lanzados al vuelo sobre todo ante periodistas lejanos, cuando hablaba en los países cercanos, lo hacía con seriedad y sobre todo, se refirió a las cuestiones de su origen, en los últimos años de vida. Haremos una breve relación de las ocasiones más destacadas.

El periodista Segundo Brescíano del diario *"Imparcial"* de Montevideo, recibió la confidencia de Gardel, que era uruguayo y el artista le dijo: "Mire, a mí no me conviene que publique que nací en Tacuarembó, pero haga lo que quiera", y cuando aquél le pidió autorización para publicar el texto con la confidencia, le agregó: "Bueno, que pase lo que pase".

Reproduce Nelson Bayardo un diálogo por demás significativo ocurrido con un periodista de la revista montevideana *"Cancionera"* (N° 18, noviembre de 1931). Dice el cronista: *"Cuando entrevistamos a Gardel, formaba parte importante de nuestros propósitos inquirir personalmente su origen. El hombre rehúye una contestación defi-*

nitiva: —Puedo decir que mi país es la Argentina, dice Gardel. —¿Pero, nació usted allí? —No creo que esto interese verdaderamente. —Se dice que usted es uruguayo..." Y acota el cronista: *"Y Gardel sonreía. Pide que no se toque el punto"*. Y luego insiste: *"—¿Es usted entonces francés? —No, amigo, soy rioplatense"*, termina Gardel y según la revista *"Cancionera"*, interviene *"un buen amigo, un viejo camarada de Gardel"* y dice al cronista: *"En la Argentina no le conviene ser uruguayo"*.

Coincide con lo que contara su amigo Alfredo Frigerio, el cual un día visitó a Gardel luego de una de sus exitosas actuaciones, en su camarín de un teatro de Buenos Aires. El artista, cuando se tocó el tema de su nacionalidad, dijo a su amigo: *"Mirá hermano, si yo dijera aquí, en estos momentos, que soy uruguayo, ahora mismo se acababa la fiesta para mí"*.

El 6 de diciembre de 1930, Gardel se embarcó para Francia y vuelve a Buenos Aires el 20 de agosto de 1931. Está sólo dos meses y el 28 de octubre viaja solo nuevamente hacia Europa. Regresa el 30 de diciembre de 1932 y a fines de setiembre de 1933 inicia una gira artística de un mes en Uruguay (Montevideo, Paysandú y Salto).

Es durante ese lapso que habla con inusitada franqueza sobre su origen uruguayo. El 4 de octubre de 1933, una nueva entrevista del diario *"Imparcial"* lo presenta como uruguayo. El título de la misma: *"Carlos Gardel nació en Tacuarembó hace 46 años"*. Días después, en una entrevista del diario montevideano *"La Tribuna Popular"*, dice: *"Nací aquí, en Tacuarembó, lo que por otra parte, por sabido, es ocioso aclarar"*. Y para despejar dudas, el propio cronista agregó: *"La respuesta es textual"*. Y por cierto, terminante.

El día 25 de ese mismo mes, interrogado por un periodista, en la ciudad de Paysandú, declara: *"Un artista, un hombre de ciencia, no tiene nacionalidad. Un cantor tampoco, es de todos y sobre todo, su patria es donde oye aplausos; pero ya que insiste, uruguayo, nacido en Tacuarembó."* (Diario *"El Telégrafo"*, Paysandú, 26 de octubre de 1933). La fecha de la entrevista indica que fue realizada pocos días antes de partir en su último viaje desde Buenos Aires, el 7 de noviembre siguiente, el mismo día que se supone redactaba su testamento hológrafo.

El 30 de octubre, cinco días después de aquella entrevista, firma la escritura de compra de un terreno en el balneario montevideano de Carrasco, ante el escribano Carlos Busch Buero, en la

cual dice ser uruguayo. Firman como testigos sus dos apoderados Pedro Bernat, en Uruguay y Armando Defino, su apoderado general en Argentina, el mismo que luego sostendría la nacionalidad francesa del artista. Ni él ni Razzano tuvieron escrúpulos en modificar sus testimonios escritos prestados; aquél, ante el Consulado del Uruguay en Argentina y éste, ante escribano público en Montevideo, cuando años después trataban de legitimar sus presuntos derechos a la herencia gardeliana.

Antes, después y durante este proceso cronológico, son innumerables las referencias genéricas de Gardel a lo que ama y, en definitiva a lo que era. Al diario *"Imparcial"*, de Montevideo decía: *"...ganó mucho, increíblemente mucho. Pero como todo buen criollo, me quedo sin nada. —¿No le asusta el porvenir? —El porvenir es el presente. Quien lleva sangre criolla no se asustará jamás del porvenir"*. Y en la misma entrevista: — *"¿Ha llorado alguna vez cantando? —Muchas veces y casi siempre he llorado delante de públicos extranjeros. En París, en Londres, en España, la lejanía del terruño me produce nostalgia y entonces lloro"*.

En una entrevista de *"La Nación"*, de Buenos Aires (30 de diciembre de 1932): *"Cuando pasan seis meses ya comienza a hacerme cosquillas la nostalgia y tengo ganas de rajar para el pago. Y como esta vez la ausencia duró catorce meses, calculen si tenía ganas de cachar el piróscafo y verme otra vez en la calle Corrientes, en Palermo, en el hipódromo"*. Y en la misma entrevista se le pregunta: *"—¿Qué intérpretes han intervenido en ella?"* (por la película *"Melodía de arrabal"*). Y responde: *"—En su gran mayoría son paisanos nuestros"*. En el curso de esa entrevista fue saludado por un pequeño vendedor de periódicos, y exclamó: *"—¡Araca con el pibe.. que no hay iguales en el mundo entero! ¡Los pibes criollos!"*

En su trasmisión desde Nueva York, el 17/agosto/934: *"Agradezco a "Crítica", el diario que no podría faltar en esta trasmisión, lo mismo que a la National Broadcasting y a Radio Splendid, la oportunidad que me han brindado de comunicarme con mis lejanos y queridos compatriotas"*.

El 25 de marzo de 1935 la empresa *Víctor* grabó la voz de Gardel para anunciar su última gira. Y así habló el artista para su público: *"Habla Carlos Gardel. Queridos amigos de la América Latina, de mi tierra y de mi raza"*. Y continuaba: *"Luego visitaré los otros países de*

nuestra lengua, donde espero tener el gusto de saludarles personalmente". Nunca pudo hacerlo.

El 17 de junio dijo en Bogotá a la revista *"Cromos": "Deseo consagrarme completamente al cine, es lo que más me agrada y me divierte, y me halaga singularmente el crear películas con asuntos de mi tierra, con temas gauchos".*

Importa la negativa de Gardel a cantar en otros idiomas que no fuera el español, manifestada al actor Vicente Padula, en Nueva York: *"Vos sabés que yo soy criollo y que no hay nada que hacerle con los demás idiomas"*, que Padula reveló en entrevista al diario argentino *"Noticias Gráficas"* (25 de junio de 1935). También Terig Tucci se refirió a esa firme decisión de Gardel y a sus repercusiones conflictivas. Ella se enlaza con notorias deficiencias suyas en la dicción del inglés y del francés, en las pocas canciones que grabó en tales idiomas. Si hubiera sido hijo de madre francesa habría intimado desde pequeño con su lengua materna —en Toulouse y en Buenos Aires— y su fonética no le hubiera sido tan ajena y reñida con el habla —más aún con el canto— en su edad madura.

He ahí, pues, a través de los más auténticos y espontáneos dichos del artista, al Gardel nativo de Tacuarembó y, más aún, al Gardel *criollo*, el que pertenece al terruño rioplatense, el que habla su misma lengua, el que llora su lejanía, el que considera extranjero a todo el resto del mundo, inclusive al público francés, el que siente nostalgia por sus pibes y por sus gauchos, el que ama a su Buenos Aires, el que lleva sangre y pinta criolla. Como dice de él García Jiménez, el mismo que se esfuerza por creer en el Gardel de Toulouse: *"Su pinta milagrosamente criolla..."* Pero no hay milagro en la pinta; todo es más simple si se nace criollo y no europeo.

Esta franqueza de Gardel de los últimos tiempos, antes de viajar en su última gira, tiene su explicación lógica. Desde el campeonato mundial de fútbol realizado en Montevideo en 1930, Gardel sintió el rechazo de su público porteño. Había cantado en las concentraciones argentina y uruguaya para los jugadores de ambos bandos y nunca definió sus preferencias. Incluso no asistió a la final, viajando a Buenos Aires. El encono entre los aficionados rioplatenses, luego de la victoria uruguaya, desbordó el ámbito puramente deportivo, y todo lo que representara al Uruguay en Argentina, particularmente en Buenos Aires, recibía una fran-

ca, no disimulada hostilidad. Gardel sintió ese impacto al igual que otros artistas de nuestro país. De allí su resistencia primera a declarar con franqueza su origen en aquellos años.

Pero poco tiempo después, la molestia de Gardel por ese hecho y más aún por las últimas magras actuaciones en los escenarios porteños, donde el público no lo acompañaba con el entusiasmo de antes, le volcaron decididamente su preferencias hacia el público uruguayo, del cual recibía extraordinarias muestras de entusiasmo en su última gira por Montevideo y varias ciudades del interior. Declaró encontrarse ante "su público", que nunca le retaceó su admiración y su aplauso. Une, entonces su agradecimiento y su verdad: "...su patria es donde oye aplausos; pero ya que insiste, uruguayo, nacido en Tacuarembó".

Para finalizar, digamos que nunca dijo públicamente ser francés, ni siquiera cuado estuvo en París; nunca cantó en Toulouse, ni jamás se identificó con famosos personajes franceses. Tampoco Francia reclamó como suya la patria del artista, y desde París y Toulouse, según vimos, las agencias internacionales de prensa, a su muerte, informaron sobre su nacionalidad uruguaya.

Berta Gardes alguna vez hizo cierta la nacionalidad uruguaya de su presunto hijo. Al regresar de Francia, en el mes de agosto de 1929, en el vapor "Massilia", al pasajero uruguayo Bolívar Soler, que le prestaba atención y ayuda durante el viaje, le confió: "Carlitos nació en el Uuguay... es compatriota suyo".

Pero otra vez aflora la oscuridad en el caso, porque cuando Soler le interrogó en qué lugar había nacido Gardel, doña Berta le dijo: "Realmente no puedo decirle el lugar exacto... Nació creo que por el centro de Montevideo, pero han pasado tantos años que ya no sé bien...". Respuesta poco creíble de una madre que dice no recordar el lugar del nacimiento de su hijo único, que obviamente oculta con deliberación. El señor Soler, destacado comerciante de Montevideo, resultaba un testigo creíble y confiesa este episodio muchos años después —en 1975— en una crónica periodística publicada en *"El Diario"* de Montevideo.

Existen otros testimonios de testigos insospechables. Julio De Caro escribió con su firma: "Carlos Gardel es uruguayo, y su nacimiento real está rodeado de un verdadero misterio, pero al igual que muchos rendía un culto al misterio referido". En la película argentina *"Crónica de un día triste"*, dijo que Gardel "actua-

ba como uruguayo" y "se sentía uruguayo".

Y seguimos con esta enumeración de nuestro libro ya citado: "Augusto P. Berto, el destacado hombre de tango, contemporáneo y compañero de juegos del niño Carlitos, jugaba un día con éste en alguna calle de Buenos Aires y le advirtió que su madre —Berta— le llamaba. Y su pequeño amigo, le respondió: *"Ella no es mi mamá... me recogió de chico"*. Esa respuesta le quedó muy grabada en su memoria a Berto y la repitió muchos años después.

Hugo del Carril, el famoso artista, al ser entrevistado por la revista *"Gente"*, en Buenos Aires, en noviembre de 1966, le confió al cronista la situación de sus propios padres y el periodista lo dijo así: *"Sus padres se separaron cuando él no había cumplido los dos años y lo crió esa pareja de franceses de la que habló"*. Y de inmediato es el mismo Hugo del Carril quien dice al cronista: *"Es un raro paralelo con Gardel ¿se dio cuenta? A él lo crió esa mujer francesa que tampoco era su madre. Esa mujer era lavandera; la que me crió a mí, era modista"*. Bien debía saber Hugo del Carril que ésa era la verdad, para divulgarla en forma tan franca y pública.

Dos testigos, también de destacada presencia en los medios artísticos uruguayos, confirman el origen de Gardel. Juan Antonio Magariños Pittaluga tuvo destacada actuación en diversos quehaceres políticos y artísticos. Ocupó un relevante cargo administrativo en la Secretaría de la Presidencia de la República y presidió la AGADU (Asociación General de Autores del Uruguay). Fue uno de los más íntimos amigos de Gardel, en su país. Ya por 1921, cuenta que había recibido la espontánea referencia de Gardel: *"soy hijo de un militar"*, cuando él le dijera que desempeñaba el cargo de *"Intendente"* en la Intendencia General del Ejército y la Armada. El otro testigo es Ulises Favaro, del cual se hacen referencias en el libro de García Jiménez, dictado por Razzano: *"El autor uruguayo Ulises Favaro —habitual residente en Buenos y especie de introductor de artistas— había sido uno de los más encomiásticos propagandistas del dúo, desde que los viera actuar, prometiéndoles maravillas a los críticos de su patria"*. Y fue gracias a esta intervención de Favaro que el empresario Visconti contrató a Gardel y Razzano, que debutaron el 16 de junio de 1915 en el teatro *Royal* de Montevideo.

Pues bien, en su libro *"Carlos Gardel. El gran desconocido"*, narra Erasmo Silva Cabrera la siguiente anécdota que, publicada en vida de sus actores, nunca fue desmentida: *"En el verano de 1924,*

Magariños Pittaluga y Orlando Romanelli (destacado músico uruguayo) *estrenaban una comedia musical en el viejo Albéniz* (teatro) *de Montevideo. Cuenta el primero que llevaron a Gardel al ensayo; junto con Blixen Ramírez* (recordado crítico teatral) *y Ulises Favaro. Y en un palco a raíz del planteamiento de la nacionalidad de una tiple española* (a la cual Carlitos burlonamente le dijo: *"¡Qué vas a ser gallega; si vos sos de la Boca") Favaro, dirigiéndose a él, manifestó: "Mirá, Carlos: estamos entre amigos íntimos tuyos, y yo, a pesar de conocerte tanto, no sé todavía a ciencia cierta, cómo naciste y de quién sos hijo. Gardel —explica Magariños—, sin mucho entusiasmo, habló así: "Sabés que soy de Tacuarembó y cómo vine a este pícaro mundo no interesa, pero sí puedo decirte que mi padre fue el coronel Carlos Escayola".* Favaro le contestó: *"Y vos que has andado siempre así (con los problemas del huérfano y sus consecuencias, quiso decir) ¿por qué si lo sabías no te hiciste reconocer por tu padre? Entonces él comenzó a sentirse molesto por las preguntas y frunciendo el cejo respondió: "No lo hice por mi mamá. Pero ché ¡por favor, vamos a hablar de otra cosa!". Y no se conversó ni una palabra más del asunto".* Hasta aquí el hecho que Magariños Pittaluga narró al investigador Silva Cabrera y que éste reprodujo en su obra. Rodeada la anécdota de detalladas y relevantes garantías de lugar, tiempo y personas, ella es de una significativa veracidad.

Otros dos testimonios valiosos provienen de dos personas que lo conocieron muy de cerca. Carlos Warren fue un conocido músico uruguayo, director de orquesta y compositor. Tuvo relaciones profesionales y amistosas con Gardel. Confiesa Erasmo Silva Cabrera que fue precisamente él quien le puso en camino de sus investigaciones, en 1960. Así narra el diálogo ocurrido entre ambos: *"Una noche, ocasionalmente, se habló de Gardel: —Dígame, Carlitos (Warren), usted que fue tan amigo de él ¿era francés, argentino o uruguayo? —Carlos Gardel era uruguayo, Avlis, contestó rápidamente, y agregó: El lo decía siempre a sus amigos, y a mí me lo confió allá en "La Glorieta", por 1913, una vez que me visitó con Pepe Razzano. (La Glorieta era un local nocturno de música y baile, situado frente al famoso Armenonville, en Palermo). Después hablamos una noche, cenando en Morini (conocido restorán de Montevideo), haciéndome otras confidencias de su vida".*

El segundo testimonio de gran verosimilitud proviene del ya nombrado Perico Bernat, que fue vecino de Gardel en Buenos Aires, cuando éste vivía en la calle Rodríguez Peña. Intimó con el

artista y fue un confidente y apoderado en Montevideo; estuvo con él en Nueva York en 1934. Al día siguiente de su muerte en Medellín, declaró al diario montevideano *"La Mañana"* que Gardel había nacido en la 2a. sección judicial del departamento de Tacuarembó. Al morir Pedro Bernat, su viuda manifestó que el esposo sostuvo siempre el nacimiento uruguayo del cantor.

Otros testimonios han sido referidos, y publicados, para reafirmar el origen de Gardel y su calidad de hijo del coronel Escayola. Integran el valioso conjunto probatorio sobre ambos extremos, pero preferimos obviarlos, porque los que anteceden nos resultan los de mayor verosimilitud, y otros hechos a relatar confirman aún mejor esa doble afirmación.

Los datos sobre la estrecha relación de Gardel con Tacuarembó se multiplican, al igual que los caminos que lo conducen allí, en horas de angustia para el artista. En horas de la madrugada del día 11 de diciembre de 1915, al retirarse Gardel del centro nocturno y salón de baile *Palais de Glace*, en compañía del actor Elías Alippi, se produjo un incidente con otros concurrentes que ya habían mantenido un altercado verbal con Alippi. Uno de ellos, mencionado como Roberto Guevara, descerrajó un balazo al cantor y éste fue herido en un pulmón. Fue conducido al hospital Ramos Mejía y se consideró mejor no extraerle la bala, la que según Gardel nunca le llegó a molestar. Pero tuvo que sufrir un breve período de inmovilidad y luego, unos días de convalescencia. Para ello viajó a Tacuarembó, a la estancia de Pedro Echegaray, donde le visitaron el famoso boxeador uruguayo Angel Rodríguez y Tomasa Leguisamo.

En 1901, José (*"Cielito"*) Traverso, uno de los integrantes de aquella familia propietaria del café *O'Rondeman*, donde cantaba el joven Gardel, dio muerte a un rival ocasional, compadrito provocador de buena familia, Juan Carlos (*"Vidalita"*) Argerich. El diario *"La Prensa"* relató el hecho en su edición del 23 de diciembre de aquel año y lo dio como ocurrido la noche anterior; pocos días después, fallecía la víctima de aquel episodio sangriento. Las influencias políticas de la familia Traverso —ya relatadas— presionaron para obtener la liberación del culpable. Por intervención del propio Presidente de la República, le fue conmutado el saldo de condena a cumplir por la pena de destierro. Al egresar de la cárcel en 1904, "Cielito" Traverso, por mediación de Gardel,

viajó a Tacuarembó y se alojó en casa de las hermanas Amanda y Manuela Escayola, hijas de Elodina Escayola, hermana ésta del coronel. Traversó mantuvo una relación sentimental con Amanda, y en 1905 se instaló con ella y sus hermanas a vivir juntos en Montevideo. Aquí fueron ampliamente conocidos en el ambiente musical y artístico. De acuerdo a testimonios, aún en 1915, la pareja mantuvo un vínculo estable. Y Juan Maglio *"Pacho"* compuso un tango, al que denominó *"Cielito"*, dedicándolo a Traverso y lo ejecutó por primera vez en el café *Bon Marché*, situado entonces en la calle Soriano esquina Florida. Dicho personaje abrió dos casas de juego en Montevideo y fue detenido por juegos prohibidos. Luego viajó al norte del país y se instaló sobre la línea fronteriza del departamento de Rivera con Brasil, precisamente en Santa Ana Do Livramento, del lado brasileño, donde falleció el 8 de julio de 1921, a los 47 años de edad.

Dos historias, pues, de dolor, que ligan a Gardel con los caminos que salen de Buenos Aires y llegan a Tacuarembó".

Toda esta relación de dichos y hechos, parcial transcripción de lo ya escrito en nuestro libro citado, viene a culminar el inmenso caudal de pruebas escritas, testimoniales, documentales, indicios y presunciones que, enlazadas con racionalidad y lógica, configuran la historia verídica del Gardel oriental, nacido en nuestra patria. Todavía nos resta ubicarlo en el entorno de su propia familia, en cuyo seno nació y del cual fue radiado, convirtiéndolo en un desterrado ajeno y lejano.

8. LA FILIACION PERDIDA

Develada ya la historia posible de nuestro Gardel oriental, criollo, en definitiva, rioplatense; uruguayo por nacimiento, argentino por adopción; queda ahora recorrer un camino que Gardel habrá recorrido seguramente, una y mil veces, en su pensamiento y en su corazón: llegar a su familia y, sobre todo, a la identificación de sus progenitores.

Aquella familia Escayola, de numerosa progenie a partir de la absorbente personalidad del coronel, se ha prolongado en nuestro país en descendientes muy numerosos. Interesa al caso establecer que Gardel nunca tuvo oportunidad de tratarlos cercanamente durante su vida; pero no obstante las reticencias de trato, se sabe de algunos acercamientos con quienes eran, en definitiva, sus hermanos paternos.

Aquellas reticencias fueron impuestas —¡qué duda cabe!— por el propio Carlos Escayola. En el punto, las tradiciones orales de Tacuarembó son de una concordancia llamativa. Aún hoy, viejos pobladores, o sus descendientes, de aquellas zonas de los pagos capitalinos, o de Valle Edén, Tambores y lugares cercanos, narran infinidad de anécdotas en las cuales la figura omnipresente de aquel coronel aparece como el déspota impulsor del gran silencio creado en torno a la figura de aquel hijo descastado que un día naciera, de acuerdo a todos los datos más verosímiles, en su estancia "Santa Blanca". (1)

La justificación de ese silencio no es difícil hallarla por las circunstancias que rodearon el nacimiento de aquel niño. Hijo natural y nunca reconocido por su padre, tal acontecimiento natal habría ocurrido en el seno de la familia Escayola entre dos de sus integrantes, en lo que sería un incesto, producto de aquella concepción vergonzante.

No puede haber lugar a escándalo al decirlo así, abiertamente y sin equivocados pudores. No sería la primera vez que ello ocurría en aquellas últimas decenas del siglo pasado. No es posible en esta obra relatar las realidades familiares y costumbres sexua-

(1) Precisamente en estos días se ha editado el libro de una autora joven, María Selva Ortiz, descendiente directa de viejos pobladores de Tacuarembó, titulado: "El silencio de Tacuarembó".

les de aquella época, en la cual el "pater familias" es el dios absorbente y autoritario que todo dirige y al cual todo le es permitido, y la sumisión a él que sufrían sus hijos y su esposa. Nada mejor para ello que repasar un autor y un libro insospechables: José Pedro Barrán, que en su obra "Historia de la sensibilidad uruguaya", realiza largamente agudas revelaciones sobre la vida de relación matrimonial y familiar y sobre el destino de los niños nacidos como producto de relaciones adúlteras, en el interior de las familias burguesas. En tal entorno, precisamente, nació nuestro Gardel criollo, descastado de padre y madre.

La búsqueda de aquellos ancestros habrá sido, seguramente, dominante en Gardel joven y adulto. Seguramente supo quién era su padre e incluso —nos dice ello otra vez, la traducción oral y algún remoto testimonio— se le sitúa en aquel año 1907, cuando transita por Tacuarembó, enfrentándolo en una escena de violencia familiar que se le ha equiparado con la escena cinematográfica de la película *"El día que me quieras"*, de la cual dijo Gardel: "La película que quiero de todo corazón". Más allá de la anécdota lejana, las propias declaraciones de Gardel pautan un conocimiento de aquel padre llamado "Carlos", en sus constancias documentales. Ya en su adultez, aquel personaje de su padre, muerto en 1915, dos meses antes de su debut como profesional del canto en Montevideo, se acercó seguramente al entendimiento del artista, a través de las propias historias nacidas en sus pagos natales y relatadas por tan firme tradición.

Otra búsqueda más acuciante habrá sido la de su madre perdida en tan penosa historia. Sus relaciones con Berta Gardes no están presididas por un verdadero amor filial. Más allá del anecdotario, tantas veces lacrimógeno o francamente falso, sobre tal amor filial, hay hechos ciertos y comprobados que pautan las flaquezas de aquella relación, ya desde la época de su niñez y juventud hasta su vida adulta. Como ejemplos bastan algunos: no se conoce una sola fotografía en la cual hayan posado juntos el artista y Berta Gardes, ni se ha narrado nunca un episodio que nos cuente un viaje juntos, de los tantos que ambos hicieron al exterior o interior de Argentina. Sean sólo estos ejemplos. Lo cierto es que al repasar la vida del artista, la presencia de aquella supuesta madre fue una pálida sombra que nunca intervino en los momentos decisivos de una historia tan poblada de misterios. Las propias

contradicciones en las declaraciones que se conocen, revelan la inseguridad de Berta para aclarar dudas y disipar cualquier malentendido presente o futuro sobre su maternidad. El mismo uso o desuso de los supuestos documentos natales de Gardel, si se le hubiera querido identificar de manera clara y cabal con el Charles Romuald de Toulouse, marca una conducta omisa y muy extraña de tal supuesta madre.

Sobre el testamento hológrafo ya hemos hablado lo suficiente; y si él hubiera sido escriturado por el propio Gardel, ya hemos dicho que, en definitiva, sin ningún heredero que le sucediera, no dejaría en el abandono a aquella anciana a la cual, de todos modos, le ataban seguras relaciones de cariño y de agradecimiento. Pero muy otra cosa es un amor filial auténtico e intenso entre un hijo y su madre, tal como se pretende edificar.

Queda, pues, a Gardel, un acuciante y angustioso camino por recorrer en busca de aquella madre. ¿Habrá culminado el mismo antes de su muerte? Dijo en su primer documento conocido, justamente cuando se confiesa uruguayo y de "Tacuarembó" (cuando bien podía haber omitido esta expresa referencia), en el consulado uruguayo de Buenos Aires, que su madre se llamaba "María" y era fallecida. A la luz de las investigaciones posteriores no estaría apartado de la verdad.

Hagamos aquí un paréntesis para referirnos a un investigador que abrió las puertas a la historia del Gardel oriental: Erasmo Silva Cabrera (Avlis), de quien todos los estudiosos posteriores del tema se sienten tributarios. El puso un empeño singular en recrear la figura de aquella madre perdida. Los caminos fueron muy difíciles de recorrer y erró y acertó en pos de tal descubrimiento.

En su última obra reveló —aún en forma algo elíptica— la identidad de ella. Sería María Lelia Oliva Sghirla. Y el nacimiento habría tenido lugar durante el segundo matrimonio de Carlos Escayola con la hermana mayor, Blanca Oliva. Es decir, la relación extramatrimonial habría tenido lugar con su cuñada, la cual era, además, su ahijada de bautismo. No es difícil, en definitiva, calificar tal relación no sólo como adulterina, sino como incestuosa, al menos, en el concepto popular y aun eclesiástico.

Finalmente, recordemos que María Lelia fue la tercera esposa del coronel, en 1889, cuando él tenía 44 años y ella sólo 20. En

un acto de generosidad, hubieran podido legitimar aquel niño que quizás todavía estuviera en sus cercanías; pero no era lógico aguardar tal acto de tolerancia que hubiera redimido la figura paterna.

Sin embargo, otros investigadores han pensado que este incesto se debe adecuar a su concepto estricto y como la verdadera madre implican en él a la hija mayor del coronel Escayola, Clarita; nacida de su primer matrimonio con Clara Oliva Sghirla celebrado en 1868. Esta hija primera de Escayola es de fecha natal coincidente con la de María Lelia: Nació el 31 de enero de 1870, y esta última el 28 de febrero del mismo año.

En 1888, Clarita contrajo matrimonio con su primo hermano Julio Netto Escayola, y en 1889 el coronel se casó, por tercera vez, con María Lelia, la tercera de aquellas hermanas Oliva Sghirla. Recordemos que el Carlitos criollo habría nacido en 1884.

A fines de la década de los ochenta, la fortuna personal del coronel había disminuido notoriamente y su yerno Julio Netto contribuyó con la suya propia a constituir una sociedad de explotación de negocios agropecuarios con Escayola, la cual resultó un fracaso.

En sus investigaciones, Silva Cabrera intentó confirmar un dato que le había sido proporcionado sobre la posibilidad de que aquel matrimonio integrado por Clarita Escayola y Julio Netto hubieran legitimado como hijo, tiempo después de celebradas sus nupcias, a aquel Carlitos huérfano de padre y madre. Requisito puramente formal, pues Gardel nunca usó aquel apellido ni guardó rastros del mismo.

También el mismo investigador y datos posteriores abrieron otra posibilidad final: que la propia María Lelia fuera hija adulterina del coronel, producto de sus relaciones extramatrimoniales con su propia suegra, aquella atractiva y dominante mujer que fuera Juana Sghirla, "la única capaz de enfrentar al coronel Escayola", de acuerdo a la expresión de un viejo familiar memorioso. Ella habría mantenido un obvio y gran secreto ante su cónyuge y ante el propio Escayola sobre aquella paternidad; a él le otorgó el padrinazgo de bautismo de aquella criatura, bautizada en un acto religioso conjunto con Clarita el 10 de agosto de 1870. María Lelia había nacido cuando Juana Sghirla contaba con 39 años de edad y Carlos Escayola, con 25. Otra vez, de este modo y por

esta vía, resurgiría la relación incestuosa en su estricta significación conceptual.

En conversaciones mantenidas con el autor, Silva Cabrera, el pionero hurgador en estos puntos, le relató las tremendas y lógicas dificultades y presiones que rodearon sus investigaciones. Los integrantes de aquella familia mantuvieron un porfiado silencio sobre aquellos sucesos familiares —sean cuales fueren— y sus reticencias se mantuvieron durante largo tiempo. En su mayoría, incluso, debían desconocer aquellos hechos, y aunque alguien los hubiera podido conocer o suponer en el momento de su ocurrencia, los habría ocultado celosamente por su propia gravedad moral. El escándalo de su divulgación familiar y social debía evitarse a toda costa y en el plano político hubiera costado grave daño, por la jerarquía que como jefe político detentaba Carlos Escayola, uno de los protegidos más cercanos al propio Presidente de la República.

Este entretejido de relaciones familiares que él preside y determina con sus actos de autoridad y sus deseos imperativos y desbordados, se ha ido develando, no obstante, a través de aquella firme tradición oral, en los rumores primero y en las abiertas voces después, que se han ido trasmitiendo de generación en generación. Pero, además, habrían quedado registrados documentariamente, en el propio Consejo del Niño, en la capital montevideana; pero tal testimonio escrito, que al decir del doctor Euclides Peluffo, autoridad de dicha institución, demostraba que Gardel "tenía por padre a su propio abuelo", fue destruido en una deliberada y pundonorosa incineración, confesada por su propio autor.

Queda por decir que María Lelia Oliva Sghirla falleció en Montevideo en 1905 (¿sería la madre "María Gardel", "fallecida", a la cual hizo referencia Gardel en su documento de 1920, al registrarse como uruguayo en Buenos Aires?) y que Clarita Escayola de Netto murió en 1939. De acuerdo a sus nietos, se guardó luto y se lloró en la familia de aquella abuela, cuando Gardel murió en 1935 (1).

(1) Sobre la maternidad de Gardel, puede encontrarse una información ampliada en el libro ya citado, "Carlos Gardel. Páginas abiertas", capítulos XXI y XXII.

Aquella búsqueda fue, seguramente angustiosa para Gardel.

Quienes le conocieron íntimamente narran que más allá de su sonrisa y de sus alegrías espontáneas, de su simpatía y de su bohemia, había en él un fondo brumoso que le hacía padecer hondas tristezas y meditaciones. Testimonios muy reveladores de ello, afloran en José Razzano, Francisco García Jiménez, Francisco Marini, Roberto Maida y Terig Tucci. Dice este último: "¡Cuántas veces lo sorprendimos con su mirada perdida en el espacio, sumergido en el mar sin fondo de su espíritu".

O escribe José Gobello: *"Y seguramente el Gardel sonriente y sobrador, bon vivant y algo cínico, no era sino la máscara del artista, la máscara de un dolor, de una angustia que venía de lejos, que venía de su propia condición social, o de algo más profundo todavía, de la solidaridad social que desde el subconsciente le ponía esa lágrima en la garganta (...) Gardel es el tono sobrador y 'canchereado' con que el pueblo afirma su autoestimación. Ese tono debía ser natural en Gardel, que era un triunfador salido de la nada. Y si ese tono lo sacó de la verdad de su vida, aquella lágrima también la sacó de una verdad íntima, de una verdad profunda, aunque menos obvia"*.

Y dice Guillermo Barbieri, que un día interpeló a su compañero de arte y de andanzas en el París de sus éxitos:

"—¿Qué le pasa don Carlos? Tiene todo, éxito, dinero, mujeres". Y fue la respuesta aquélla: *"—Es que estoy pensando en el purrete desgraciado que fui yo"*.

Aun el propio Armando Defino se hace eco de aquellos momentos de angustia y de dolor de Gardel. Pero intenta simplificarlo todo, atribuyéndolo a sus dificultades financieras de los malos momentos. Con profundidad y belleza, le responde otra vez Tabaré Di Paula: *"Una explicación semejante no toca las raíces, las tensiones que marcaron y desgarraron al niño y se proyectaron hasta su vida adulta. En todo caso, la circunstancia económica fortificó aún más, la sensación de desamparo, su viva conciencia de haber sido un estorbo para sus padres y continuar siéndolo para su casual tutora (...) No era necesario quizás, que le recordaran su origen clandestino y anónimo, para reavivar esos sentimientos (...) En la más escondida intimidad continuaron vivos los trazos de las humillaciones y sordideces que la suerte le infligiera. A pesar de las máscaras adoptadas en la convivencia social, a pesar de los documentos personales que querían tergiversar más que su edad, el pasado ingrato, a pesar de la sonrisa que enarboló en su madurez como un salvoconducto para atravesar el mundo, sus demonios interiores*

fusas, hablan con certeza de los sucesos casi perdidos en lejanos tiempos y espacios de nuestra propia tierra.

Murió Gardel abrazado a su único gran amor definitivo: su inmensa vocación de cantor y de actor. Fue su abrazo íntimo que superó sus miserias primeras, sus angustias vitales, sus naufragios humanos. Su victoria, la fama y la gloria que ya nadie puede negarle, fue la luz incandescente que surgió de las llamas de Medellín.

EPÍLOGO

Queda algo por decir en éstas páginas finales.

Hemos recorrido dos historias diferentes sobre la identidad del artista y el mito que fuera Carlos Gardel. Hemos edificado casi dos hombres diferentes y, notoriamente, hemos elegido uno de ellos. No es necesario una nueva explicación de la razón de nuestra preferencia; ella surge transparente de las páginas antecedentes. Pero sí, una contestación a quienes, todavía, exigen más pruebas de nuestras afirmaciones y de nuestra preferencia.

A ellos digamos que no se trata en el caso, de un proceso judicial en el cual las probanzas deberán ser todo lo exhaustivas que leyes y códigos requieran para que el magistrado dicte su fallo. No es justo exigirlas, y si fuera así ninguna de las dos tesis en pugna sobre el origen del artista, podría presentarlas. Pero aun así hay pruebas justipreciables desde ese punto de vista jurídico, que no es posible echar en saco roto. En tal rubro ingresan todas las pruebas documentales acumuladas en torno al artista y que este mismo creara, con su firma y con su voluntad libre y consciente durante toda su vida. También todas las pruebas testimoniales que en su conjunto, constituyen un cúmulo probatorio dotado de jerarquía indiscutible. Finalmente, a todo ello se pueden agregar indicios y presunciones que en subsidio llenan vacíos y aportan luces de interpretación sobre sucesos desvaídos en el acontecer de tantos años. No es pues, ni con mucho, despreciable la prueba aportada al juicio de la opinión pública, único juez en el caso.

La tesis "francesista" —por decirlo de alguna manera simple— carece, sin duda, de tales atributos. Se fundamenta en un testamento hológrafo de dudosa verosimilitud, respaldado por las actas de nacimiento, bautismo y reconocimiento aparecidas en Toulouse y aportadas con larga tardanza a la historia del artista, una vez que él mismo había muerto y no podía hablarnos sobre la verdad o mentira de tal documentación. Todo, pues, acaece a la muerte de Gardel; nada del Charles Romuald de Toulouse, aparece en vida.

Se requiere asimismo, a los sostenedores de nuestro Gardel oriental, otra prueba complementaria, de imposible demostración hasta hoy: el destino final de aquel francés, llamado Charles Romuald Gardes. Tampoco es de justicia objetiva reclamar tal demostración. De lo que se trata es de definir la vedadera identidad de Carlos Gardel. Una vez afirmada ésta, otra identidad ajena es dilema aparte. Incluso al respecto se han sustentado diversas teorías: una, que Charles Romuald Gardes nunca existió y que los

documentos de Toulouse son falsos; otra, que luego de su arribo a Buenos Aires, a edad muy temprana, regresó a Francia y nunca más volvió a Buenos Aires (recordemos aquel viaje finisecular confiado por Berta Gardes a un periodista, hacia Toulouse, en compañía de aquel hijo); una tercera, que luego de esos años, o algunos más, en Buenos Aires, Charles Romuald habría muerto en su tierra francesa o en la propia Buenos Aires a joven edad; una cuarta, que vuelto Francia habría participado en la Segunda Guerra Mundial y muerto en ella, sin tumba conocida o no descubierta hasta ahora, esto concordaría con una foto de un militar francés vistiendo el uniforme de los soldados de infantería de aquella guerra, que Berta Gardes guardaba consigo con la inscripción de su letra: "Carlitos Gardes"; una quinta, complementaria de las anteriores, que hacen a Berta Gardes viajando a Francia en 1921 para traer con ella una urna funeraria con los restos de su hijo, dándole sepultura en el cementerio de Pigüé, en la provincia de Buenos Aires, donde se halla un panteón familiar de la familia Gardes; tal viaje ha sido comprobado y también la obtención de aquel documento civil en 1921; finalmente, una sexta versión que dice del apartamiento total de Charles Romuald de Berta y su adopción por otra familia de Buenos Aires, con cambio de identificación civil, lo que pudiera denominarse su "muerte cívica".

Como puede leerse, las interpretaciones dan para todos los gustos y cualquiera de ellas puede ser posible. Nos reservamos, por ahora, nuestra preferencia. Pero lo que no es dable exigir por hoy, es el completar una biografía que es distinta y ajena a la de Carlos Gardel, aunque sus vidas se hayan entrelazado de manera tan fortuita.

Nos gusta terminar estas consideraciones, con las que dieron también final al texto de nuestro libro tantas veces citado, "Carlos Gardel. Páginas abiertas" (págs. 305/30) y de las cuales no podemos desdecirnos de letra, punto, ni coma:

"La verdad se ha abierto camino. Cada vez son más y más calificados los escritores y estudiosos que han dejado de creer o manifiestan sus dudas en la transitada imagen del falso Gardel. Por ahora nos quedamos con éste, nuestro Gardel, más nuestro que los ajenos impostados, con las verdades que se desprenden de sus propios dichos y de sus mismos silencios, de su permanente búsqueda propia, hacia sus orígenes ocultos. Nuestro Gardel, salido de sus miserias infantiles, de sus abismos juveniles, por su inquebrantable fe en sí mismo, por su tenacidad, por su espíritu alerta, vivo, audaz, por su inteligencia, su intuición y su vocación artística. Cualidades todas que, en definitiva, heredó de su propio padre y que fueron

trasmitidas a otros descendientes de su misma familia Escayola; las cuales no fueron, por cierto, las propias de una familia francesa, cuya cabeza visible, Berta Gardes, apenas si fue alfabeta. Herencias trasmitidas igualmente, en parecidos físicos que Gardel heredó de sus ascendientes criollos y no de supuestos rostros tolosanos, tan extraños y ajenos. Si hemos de creer, aunque sea en algo, en los rasgos genéticos dados en herencia —intelectuales, temperamentales y físicos—, he ahí una final razón a la auténtica imagen de nuestro Gardel hombre.

A edificar esta imagen han contribuido la infinidad de testimonios y datos desgranados a lo largo de nuestras páginas, que poco a poco han integrado el fragmentado cuadro de su rostro, de su quehacer humano, de su persona, tal y como fue en vida. Se podrá argüir la imprecisión de algunos relatos, la debilidad de algunas afirmaciones, pero todos los hechos y dichos acumulados en las páginas que aquí culminan han legitimado nuestra opción inicial sobre el origen de Carlos Gardel. Porque no es posible negar que todos ellos redondean, no obstante sus carencias, asumidas como inevitables dadas las lejanías de espacios y de tiempos, un conjunto probatorio muy difícil de destruir. En todo caso, más difícil que los pocos documentos y datos que han dado verosimilitud a la hipótesis contraria. Haber abierto grietas en esta última y sembrado dudas, ya es buen éxito, más allá de las propias convicciones que podamos haber conquistado.

Quedan por cumplir en Argentina, en Uruguay, en Francia, en Nueva York, nuevas investigaciones para alejar más sombras y abrazar las verdades que muchos ya conocen y otros han intuido. Es una obra a cumplir. No es difícil, al respecto, construir una serie de propuestas concretas de investigación; tampoco ofrece dificultades insalvables llevarla a cabo en tiempo más o menos breve. Estamos seguros que nuevos elementos de juicio, todavía ocultos, saldrán a luz. Nos alegraría que ellos confirmaran nuestra tesis; si fueran contradictorios, se reconocerán los errores que otros se han resistido a aceptar".

Hasta aquí, todo lo que hoy, a sesenta años de aquella catástrofe aérea en la cual muriera Carlos Gardel, podemos escribir y reiterar en su homenaje.

Montevideo, 24 de junio de 1995

Distribuidora
Oriental de
Ediciones

Editó:

"Carlos Gardel.
Páginas Abiertas"
(2ª edición - Enero/1993)

Autor:
Eduardo Payssé González

25 de Mayo 464
Teléfs. 95 65 11 - 95 33 45
Montevideo